

CRISTIANIDAD



16 RAZON DE ESTE NUMERO

eminente de este número. Aunque su nombre no se mencione con frecuencia, su espíritu es como un contrapunto, y la razón de todos los artículos; éstos nos presentan el cuadro esquemático de una Europa desgajada del árbol de la caridad cristiana, con las consecuencias que se siguieron de esa falta de confianza entre las naciones, entregadas fervorosamente al culto de las armas. También Benedicto XV, como tantos otros Pontífices, insiste sobre las bases en que se ha de asentar una paz verdadera. Su voz resuena en la hora presente y requiere oídos para oírla.

La venerable figura de Benedicto XV, envuelta por los horrores y miserias de una guerra, la más espantosa que creyeron ver los siglos, ocupa el lugar pre-

El **Editorial** se propone hacer resaltar los peligros de la Paz armada, de aquella paz artificial que se arrastró penosamente desde el año 1870 al 1914.

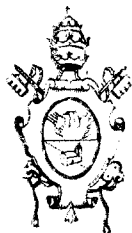
Sección **«Plura ut unum»**: **¿«Splendid isolation»? Inglaterra ante la guerra del catorce**, por Francisco Hernanz (págs. 2, 3, 4 y 5); **El II Reich alemán. De la hegemonía al desastre**, por Tomás Lamarca (págs. 6, 7 y 8); **La primera «volta face». Historial italiano de la gestación de la triple alianza y su disolución en tiempos del pontificado de Benedicto XV**, por Luis Creus Vidal (págs. 9, 10 y 11); **La «revanche». La preguerra en Francia**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 14 y 15); **El despecho moscovita**, por Luis M.^a Figueras (págs. 16 y 17); **El avispero de Europa. La cuestión balcánica**, por J. Grenzner Montagut (págs. 18 y 19).

Sección **«Del Tesoro Perenne»**. **«Nova et vétera»**: Exhortación apostólica. **Benedicto XV, Papa, a los pueblos beligerantes y a sus jefes** (pág. 20); **El internacionalismo papal**, por el Dr. Torras y Bages (págs. 21 y 22).

Sección **«A la luz del Vaticano»**: **La Vida**. Comentario internacional. **La Conferencia de Dumbarton Oaks**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 23 y 24).

Enaltece las páginas centrales la figura venerable del Sumo Pontífice Benedicto XV, junto a una somera descripción de los principales momentos de su vida.

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



Hilatura de Estambre

SALA, S. A.

Especialidad en hilados para Género de Punto

Despacho y fábrica: IGUALDAD, 15 (Vapor Sala) - Teléfono 1327

TARRASA



Industrial Anónima

G. V. C.

BARCELONA



CRISTIANDAD

NÚMERO 16 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48' - Ptas.
TRIMESTRAL 12' - »
EJEMPLAR 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

15 Noviembre de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870
BARCELONA
ECHEGARAY, 19 - MADRID

EN PLENA TORMENTA

Es de noche. En la cima del Vaticano, un centinela sucede a otro en largas horas de vela. Ante la magnitud de los males que azotan al rebaño de Cristo, su primer movimiento es de espanto; su segundo movimiento es de abnegación. Invariablemente.

Hace tan sólo ocho días que Benedicto XV ocupa su puesto de pastor supremo. Dice:

"Así que desde lo alto de esta Silla Apostólica dimos una mirada a la grey que el Señor confió a nuestro cuidado, inmediatamente nos impresionó con indescible horror y tristeza el monstruoso espectáculo de esta guerra, viendo enrojecer con sangre cristiana una parte tan considerable de Europa, devastada a hierro y fuego.

"De Jesucristo, el Buen Pastor, cuyo lugar ocupamos en el gobierno de la Iglesia, recibimos el encargo de abrazar con entrañable amor paternal a todos sus corderos y ovejas indistintamente. Y puesto que según el ejemplo del mismo Señor, debemos estar dispuesto, y lo estamos, a dar la vida por su salvación, Nos tenemos la firme y deliberada resolución de no dejar de hacer nada de lo que esté en nuestro poder para acelerar el fin de tamaña calamidad."

Es de noche y un hombre, confiando únicamente en la divina bondad, está dispuesto a emprender la lucha contra el poder de las tinieblas. San Pablo nos había advertido: "no luchamos contra la carne y la sangre". Y, en efecto, así como los espíritus inmundos sacudían furiosamente a sus víctimas antes de que Jesús les arrojara de su seno, diríase ahora que el propio Satanás es quien sacude a nuestras sociedades antes de perder, definitivamente, sobre ellas, su imperio.

Las convulsiones se amplifican, se hacen universales. En el fondo del abismo de fuego abierto bajo sus pies, nuestras sociedades desdichadas pueden leer un nombre, escrito con letras flameantes: guerra. Del fondo de este abismo, suben vahos de odio. El cristianismo está en peligro. Si la paz se define por estos dos caracteres: tranquilidad y orden, habremos de reconocer que la paz armada no tenía nada de paz porque tenía mucho de armada.

La falta de caridad, de verdadera caridad cristiana, no puede conducir más que al abismo. Las palabras del Pontífice, llamamiento efusivo a la caridad, no encontraron oídos que quisieran oír; la amplísima perspectiva de su alma no pudo imponerse a las estrechas miras de las potencias que lucharon antes, durante y después del conflicto. Porque ya decía Benedicto XV: "...y lo que es más temible, es que la vida y la esencia del cristianismo recibirían una herida gravísima, toda vez que su fuerza proviene de la caridad... si la firma de la paz dejara subsistir obscuras enemistades entre las naciones..."

En efecto, cuando el Papa escribía estas últimas frases, las hostilidades habían cesado. Pero la paz no se había restablecido. No había tranquilidad. No había tampoco orden.

Lo que pretendemos poner de relieve con esto — y a ello va dirigido el presente número —, es que la paz armada conduce forzosamente a la guerra. El aparentemente dichoso período de paz que va desde 1870 hasta 1914 constituye en realidad una desenfrenada carrera de armamentos que abocó a la lucha más grande que habían visto los siglos.

La carencia de desarme espiritual en Versalles nos llevaba por el mismo camino. Pio XI predijo el fracaso de la Sociedad de las Naciones en su enciclica "Ubi arcano Dei", y señaló la ruta a seguir. No se le atendió y surgió una nueva carrera de armamentos. Han pasado tan sólo veinticinco años.

Es de noche. Un centinela sucede a otro en largas horas de vela sobre la cima del Vaticano.



¿“Splendid isolation”?

Inglaterra ante la guerra del catorce

Las escuadras están preparadas. Y todos quieren ser los primeros en mostrarlas, en mostrárselas mutuamente, bien dispuestas, en orden perfecto, en alineación magnífica, en disposición soberbia. Una densa niebla obscurece la visión. Luego, mágicamente, todo se disipa, todo se aclara, y unas grandes masas de acero surgen, en hileras larguísimas, brillando al sol. La niebla se ha condensado alrededor de los corazones, de algunos corazones; y mientras unos contemplan radiantes su creación, que es su orgullo, los otros, los huéspedes circunstanciales, tienen algo de sombrío en la mirada.

Y más tarde esto se repite allá y en cualquier sitio. Admiración, asombro, despachos sombríos, informes, cifras, agitación.

A la ostentación sucede el secreto, al alboroto una calma intranquila. Los hombres de acción preguntan: “¿Qué pasará?”. Los hombres de experiencia contestan: “Nunca pasa nada”.

Entra un oficial corriendo y el papelito que trae en la mano tiene la virtud de convertir a toda la nación en un preparativo que ahora es febril. La hora ya ha llegado. No, no pasa nada. ¿Podrá arreglarse todo todavía? ¿Hay mucha gente alarmista! La calma chicha. Los dirigentes han vuelto a vibrar por un instante y los que saben que “algo pasará porque tiene que pasar” viven esos momentos de angustia que produce la espera de algo irremediable, fatal, y espantoso que no se sabe si entrará por la ventana, derrumbando el techo o echando abajo la puerta, pero se sabe que entrará por algún sitio. Cuando ya está aquí la tensión cede.

Discursos, bravatas, ademanes, cánticos, insultos. Los pueblos van despertando a la llamada; las “redomas del furor” empiezan a estar llenas. La guerra puede ya empezar, pues se ha alcanzado el último objetivo de la paz: un clima bélico.

Pero ojeemos un poco la historia.

Una política secular

“*A los Derechos del Hombre prefiero los Derechos de los Ingleses*”. (Disraeli).

En el cúlmen de una civilización y de un imperio está la decadencia. Esto puede observarse en muchos momentos a lo largo de la Historia. Por ejemplo en Grecia y Roma. Su arte, sus letras, su política, acabaron en el refinamiento del barroco, que es nostalgia de una austeridad perdida. No deja de ser lógico y también paradójico. Por lo que se refiere al Imperio inglés, se trata de un caso de supervivencia que no es ésta la ocasión ni el lugar de analizar.

La revolución incruenta de 1688, marca con un sello indeleble todas las restantes páginas de la historia de Inglaterra.

Desde ahora habrá reyes netamente protestantes, sometidos a un Parlamento poderoso, el origen de cuyos

miembros garantiza una continuidad sorprendente en la ruta histórica del país. “Jugamos a tirarnos a la cabeza Whigs y Tories como los niños se tiran pelotas de nieve” (Halifax). Drake, Marlborough, Bolingbroke, Palmers-ton, Peel, Walpole, los Pitt, los Grey, Disraeli, Gladstone, Chamberlain (J.): todos con más o menos ímpetu acarrearón los bloques de granito del gran tinglado.

Por tal de asegurar el equilibrio europeo, mientras van elevando el edificio de su imperio, luchan contra el más poderoso, concertando contra él todas las fuerzas que fuera o dentro del país pueden reunir. De este modo y valiéndose de otras artes no menos ingeniosas por ser más reprotables, hunden al Imperio español.

Desapareció Felipe II, pero surgió Luis XIV. Alianse con él para desmembrar España. Pero luego se juntan al archiduque para impedir la unión de la corona española y la francesa y por fin ante el peligro de que el archiduque pudiese llegar a ser rey de España después de haber sido proclamado Emperador de Alemania, se decantan nuevamente hacia el Rey-Sol.

El Tratado de Utrecht (1713) es, en todo caso, un triunfo para Inglaterra. Al dejar ahora fuera de la lucha a la escuadra holandesa puede considerarse momentáneamente dueña del mar.

Walpole, que fué el primer “premier”, procura una era de paz al país, que de este modo se enriquece. Con el enriquecimiento viene la ambición de nuevas riquezas; riquezas que sólo pueden obtenerse del comercio; comercio que sólo se realizará esplendorosamente con la posesión de colonias. Y esa es la preocupación máxima del inglés de la época: las colonias. Inevitablemente el choque con Francia en todos los puntos del globo.

Guillermo Pitt, sucesor de Walpole es el profeta y el realizador de las ambiciones inglesas. La paz de París (1763) vino a ser el gran triunfo colonial inglés. Cuando cae Pitt, Inglaterra parece que va a hundirse en el desastre.

Las victorias americanas de la Guerra de la Independencia y la paz de Versalles (1783) impuesta por Francia hacen exclamar al hijo de Pitt, el vencedor de Napoleón: “El sol de la gloria inglesa ha llegado a su ocaso”.

Pero Pitt, que se llamaba también Guillermo como su padre, y fué primer ministro a los veinticuatro años, tiene una fe inquebrantable y una voluntad de hierro, y Napoleón, el amo de Europa, se deshace ante la habilidad inglesa y ante su poderío. Son los ingleses, precisamente, los que dan a Bonaparte el golpe último, aunque no el mortal.

¿Qué queda por decir? Esto es la historia moderna de Inglaterra. Su política puede entresacarla el lector de esa breve reseña. Pero para mayor claridad, he aquí las líneas generales, los pilares, los principios, podríamos decir, de ella:

Inglaterra es la vecina del continente. No les preocupa lo que pueda suceder en casa ajena, en tanto que sus discusiones no alteren la suya. Una grave alteración sería

que alguno de los vecinos intentase construir una flota. Se le intentará disuadir: si la construye, es un enemigo y hay que destruirle. Cada vez que se ha roto el equilibrio europeo, Inglaterra ha sido atacada; luego se ha de mantener igualada la balanza de fuerzas del continente. Es necesario defender a ultranza las garitas de la ruta imperil. Se considera que Gibraltar, Suez, Singapur, etc., son esenciales para la circulación de la sangre inglesa. En fin, ella es la protectora de los débiles porque éstos nunca construirán una flota.

La joven Inglaterra

"Realmente Bismarck es de nuevo otro viejo Bonaparte y es necesario ponerle las riendas".
(Disraeli).

Disraeli se había asentado sólidamente en el poder, después de haber restado del cómputo de su vida los cuarenta o cincuenta años de lucha que suele pagar en Inglaterra un hombre inteligente por la nivelación de un nacimiento obscuro.

Fué un ambicioso, pero llegó a ser un ídolo porque en último extremo sublimó sus ambiciones personales. Él se hizo Inglaterra y tuvo la pasión del Imperio.

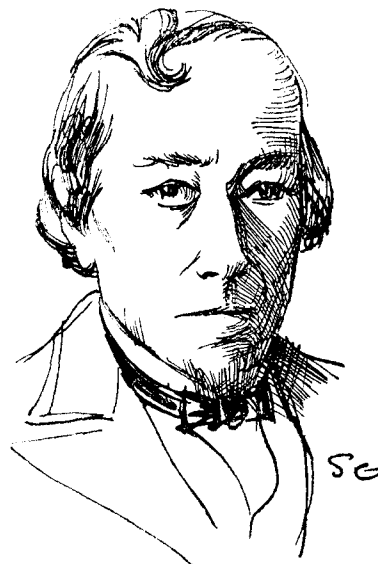
El movimiento "*Joven Inglaterra*" había surgido de una actitud romántica y caballeresca. Al mismo tiempo que en Oxford se operaba una reacción religiosa con Newman, en Cambridge, un grupo de jóvenes aristócratas se apartaba con cierta repugnancia de un industrialismo que su poca madurez no comprendía bien, y se lanzaba por la senda novelesca de un conservadurismo popular, protector de la agricultura y enemigo del libre-cambio: Disraeli, cuyo origen y su aspecto judío no era consentido por los jefes de la política inglesa, pasaba el tiempo en los salones de la corte de Luis-Felipe, apartado forzosamente del triunfo parlamentario. Vinieron a verle y aceptó la dirección. Más tarde fué el "jefe" indiscutido del partido conservador.

El imperialismo inglés había sufrido un rudo golpe con la pérdida de las colonias americanas. Desde entonces la base del imperio pasó a ser la India, pero las ideas imperialistas permanecían un tanto aletargadas. Disraeli se apresuró a comprar las acciones que pudo del canal de Suez. De este modo quedaba libre el paso de la India, siempre que se contase con Egipto y con una Turquía amiga. Y a ésto dirigió su política, impidiendo por otra parte y a toda costa que Rusia, vencedora de Turquía, tuviese acceso al Mediterráneo.

Al estilo de Palmerston esta vez mandó primero la flota y después la diplomacia. El éxito fué grande. Rusia se sometió al *Congreso de Berlín* (1878) y la isla de Chipre fué cedida a Inglaterra. Disraeli, ya el Lord Beaconsfield viejo y achacoso, obtuvo un gran triunfo, su último triunfo, porque Gladstone volvió a la palestra con nuevos bríos y le obligó a retirarse.

Pero he aquí que Gladstone, pacifista a ultranza, hubo de recurrir a la violencia, después de haber reprobado durante tantos años a Disraeli su política bélica. Africa del Sur se levantó en armas contra los ingleses, que tuvieron que ceder; pero en cambio ocuparon Egipto. En el Sudán estalló la rebelión de los derviches. Se ordenó la evacuación, pero el general Gordon, que era el encargado de realizarla, recluyóse en Khartoum y allí pereció con los once mil hombres que mandaba.

Por lo que se refiere a la *Joven Inglaterra* no murió con Disraeli porque su espíritu no había nacido con él. Se basaba en las teorías que ya Bolingbroke exponía en su obra "*El Rey Patriota*", y en definitiva preconizaba "un gobierno para el pueblo pero sin el pueblo". Ésto fué la



DISRAELI

aspiración del rejuvenecido partido *tory*. En cuanto al Whig, Disraeli le llamaba "gobierno veneciano". Lo cual viene a ser casi igual.

El "espléndido aislamiento"

Esto no era "aislamiento" y cuán lejos de ser "espléndido" (Sir Edward Grey)

M. Goschen, del Gabinete de Lord Salisbury, glosando en la Cámara de los Comunes la posición de Inglaterra respecto de la Triple Alianza, la calificó de "*splendid isolation*".

La Reina Victoria había descartado de la asistencia a su Jubileo a todos los extranjeros. Era como un desafío al mundo, al otro mundo, puesto que Inglaterra, ella sola, creía constituir separadamente uno.

Sir Edward Grey, jefe del Foreign Office durante casi toda esta época, pretende que Inglaterra no siguió entonces la política que siempre se la ha achacado: el equilibrio de potencias.

Sea como fuere la Gran Bretaña acabó haciendo su política tradicional. Si coqueteó con la Triple Alianza, que era la coalición más fuerte al parecer, ¿acaso no fué porque la consideró inofensiva? Los ingleses se sienten amenazados no cuando una potencia continental domina en Europa, sino cuando esa potencia dominadora se decide a construir una marina de guerra; o sea, cuando está en peligro la cinta aislante del Canal y la Flota inglesa: quiero decir, las Islas y su Imperio. Lo que ocurre es que a todos los dueños que del Continente han sido les ha cruzado por el cerebro esa mala idea. Mientras esto no acontece y en la medida en que no acontece, Inglaterra estima que puede, en un momento dado, equilibrar la balanza lanzándose en el platillo menos pesado.

Ahora bien, desde el año 1900 hasta el 1914 sucedieron muchas cosas. Los alemanes se empeñaron también en tener una Flota, y no por cuestiones personales y caprichos del Emperador Guillermo, como pretendían las cancillerías germanas. ¡Ah, entonces! Entonces se iniciaba el desequilibrio verdaderamente.

Por eso dice W. S. Churchill en su obra "*La crisis mundial*": "Inglaterra permanecía fuera de los dos grupos, segura en la preponderancia, hasta ahora indiscutible, de su marina de guerra".

Hasta qué punto era un sinsentido la frase "*espléndido aislamiento*" es cosa que pronto se verá. Si es que no lo habían advertido antes, se dan cuenta ahora los políticos

ingleses de que *ni el aislamiento podía ser aislamiento, ni mucho menos espléndido*. Su inmenso imperio colonial se lo impedía en absoluto. También las posesiones francesas habían subido como la espuma y en cualquier sitio del mapa-mundi se podía localizar una colisión de intereses.

Aunque no en tal proporción, ocurría algo parecido con Alemania. Esta tenía una industria floreciente y necesitaba mercados. Para lograrlos llegaba hasta el extremo de vender sus productos más baratos en el extranjero que en la metrópoli. Y su comercio chocaba siempre con el inglés.

La concesión de unos ferrocarriles en Turquía que se disputaban compañías inglesas y alemanas motivó un ultimátum alemán. Exigía que se retirase la concurrencia británica, porque de lo contrario retiraría Alemania su apoyo a la administración inglesa en Egipto. Inglaterra dirigió la mirada hacia Francia y Rusia, pero éstas le volvieron la espalda. Entonces tuvo que ceder. La razón estaba de parte de Alemania. Esto no lo niegan los ingleses, pero la forma de presentar el ultimátum y la actitud franco-rusa no dejaba lugar a dudas: Inglaterra no tenía ni un solo amigo en el Continente. La gran significación de este suceso es obvia. Es una dura lección que Inglaterra sabe aprovechar: a partir de aquí desvía perceptiblemente el rumbo de su política ante las graves consecuencias que para ella comportaba su "*splendid isolation*".

Se suceden ahora una serie de incidentes con Francia: los de Siam (1893) y Fachoda (1898), y con Rusia el de Dogger Bank.

El Kaiser, por su parte, no supo disimular la satisfacción que le producían.

En cuanto al asunto "Fachoda" puede decirse que adquirió caracteres de un humorismo trágico. Una expedición francesa al mando de Marchand, aventurada por el Sudán y falta de recursos, se encontró de pronto ante la columna de Kitchener, que ascendía por el Nilo. Los franceses sin la ayuda de Kitchener estaban perdidos, pero habían plantado su bandera en lo alto de Fachoda y no accedían a los requerimientos ingleses de retirarla. Por fin se ordenó a Marchand que cediera y la cosa no pasó a más. Pero Inglaterra por boca de José Chamberlain habló y dijo: "Hay todavía otra cosa que todo hombre de estado inglés clarividente debe haber deseado desde hace algún tiempo: Que no permanezcamos para siempre aislados del Continente, y considero, que desde el momento en que se formula esta aspiración, es evidente para todos que la alianza natural debe hacerse con el gran Imperio Alemán".

La agitación antibritánica que se desarrollaba entonces en Alemania hizo pronunciar a Bülow un discurso glacial en el Reichstag y el posible acuerdo se esfumó.

En fin, la guerra con los boers acabó de hacer patente el aislamiento inglés. La lucha fué larga y enconada y el prestigio británico sufrió un golpe tremendo. Cecil Rhodes envió una expedición al mando de Jameson más allá de sus fronteras. Los boers la hicieron prisionera y el Kaiser envió un telegrama de felicitación al presidente del Transvaal, Krüger. Dicho telegrama cayó en el Foreign Office como una bomba.

El "raid Jameson" fué una locura—dice Sir Edward Grey. En efecto, lo fué, porque lo era la actitud de la mayoría de los colonizadores ingleses de la época.

Llegó el momento de que se arreglasen las diferencias franco-inglesas. El Kaiser tenía razón en sentirse satisfecho, pero se equivocó al manifestar tan ruidosamente su alegría. Cuando Francia contempló como Alemania se frotaba las manos, buscó con ahinco una entente con Inglaterra. En 1904 sus litigios en Egipto, Marruecos y América se solventaron, más la Gran Bretaña no acababa de decidirse a dar un paso que la comprometiese francamente. La "*Entente cordiale*" quedó constituida: sin embargo, no te-

nia fuerza de obligar a la guerra en defensa de las potencias integrantes.

De todos es conocida la influencia que el rey Eduardo VII tuvo en la aproximación de las dos naciones. Su carácter, tan diferente del de su madre, y del de la época victoriana, tenía muchos puntos de contacto con el francés. Su ambiente estaba en París y allí acudía con frecuencia a charlar y a vivir las veladas parisienses con sus amigos. Acabó haciéndose simpático a los franceses, que al principio habíale manifestado sus reparos debido a ese resentimiento tradicional que ellos tenían contra la "pérfida Albión".

La "*política de cerco*" de que Alemania se quejaba para justificar su armamento, la achacaban principalmente al rey Eduardo, por su animosidad contra el Kaiser, sobrino suyo, y por su francofilia. En realidad ni el tío ni el sobrino se tenían en gran estima; a pesar de todo parece improbable que Eduardo VII interviniese—dado el carácter constitucional de la monarquía inglesa—en la política de cerco, si es que ésta existió.

Consecuencia de la entente con Francia fué la negociación anglo-rusa sobre las cuestiones asiáticas. Sin embargo era con miras a Europa. Chamberlain había dicho a Delcassé en 1904: "Y ahora, traigamos a los rusos". Pero fué Inglaterra quien mandó a Rusia a Sir Arthur Nicolson, habilísimo diplomático, el cual logró que se firmase en 1907 un acuerdo. De este modo quedó constituida una nueva alianza, la Triple Entente, y arrinconado un viejo principio: *El espléndido aislamiento*.

La paz armada

"Estaba claro que nuestro proyecto de programa de seis años de 4, 3, 4, 3, 4, 3, como contrapartida a su 2, 2, 2, 2, 2, 2, tenía que ser aumentado a 5, 4, 5, 4, 5, 4 frente a su proyecto de 3, 2, 3, 2, 3, 2." (Churchill).

Un frente está claramente marcado; en el otro las filas empiezan a apretarse a lo largo de las crisis finales.

¿Cuál es la actitud de Inglaterra en esas cuatro grandes crisis, antecelas de la guerra, que ahora se producen?

La Conferencia de Algeciras (enero de 1906)

Delcassé, ministro francés de Relaciones Exteriores, había sido el artífice de la aproximación franco-inglesa. Los alemanes vieron en él un enemigo irreconciliable y no cejaron hasta que fué alejado del Gobierno francés. Fué con motivo de la Conferencia de Algeciras, a la cual se oponía.

La guerra ruso-japonesa había revelado la debilidad de Rusia. Alemania podía respirar por ese lado. Hacía falta saber si respiraría tan fácilmente por el otro. La cuestión de Marruecos se ofrecía como ocasión favorable para comprobar la fortaleza del convenio anglo-francés. Delcassé fué desechado y la Conferencia de Algeciras celebrada. M. Rouvier, presidente del Consejo de Ministros francés, "casi ante la boca de los cañones", no vió otra solución para apaciguar a Alemania por el momento.

La discusión estaba enzarzada principalmente con motivo de la policía de los puertos marroquíes. Durante algún tiempo la paz en Europa estuvo pendiente de una fórmula adecuada que no acababa de llegar. El prestigio alemán no podía aceptar ni el punto de vista francés, ni una fórmula redactada por un francés. La Conferencia acabó pacíficamente, pero dejó a los alemanes llenos de resentimiento.

Por su parte Francia había buscado afanosa y desesperadamente el apoyo inglés. Este no era todavía decidi-

do. Se justificaba únicamente con palabras. Inglaterra no quería dejar comprometida una posible retirada hacia el frente alemán, al que ya había intentado aproximarse más de una vez. Es decir, pretendía jugar con dos cartas y esto trastornaba a una Francia convencida de que, desamparada, habría de aceptar las imposiciones alemanas. Desde este momento Francia permanece intranquila, y a pesar de que ha logrado entablar conversaciones militares con su "imparcial aliada"—valga la expresión—va a vigilar y a protestar de cualquier gesto, de cualquier movimiento, de cualquier actitud sospechosa de la diplomacia británica. La desconfianza por los ingleses era tradicional y la "pérfida Albion" era en sus labios una frase usual. Pero ahora que estaban lanzados forzosamente por la ruta de una alianza, se les imponía una seguridad y una confianza que estaban muy lejos de sentir. Y cuando en el verano de 1906 el rey Eduardo sostiene con el Kaiser una entrevista, por otra parte muy natural, y el ministro de la Guerra inglés, Haldane, coincide en Berlín con las fiestas conmemorativas de la batalla de Sedán, las suspicacias de Francia se acrecientan extraordinariamente.

Sin embargo la Conferencia de Algeciras había sido un paso más hacia una entente reforzada entre Francia e Inglaterra, y también un paso más hacia la guerra, porque Francia reorganizó su ejército.

La anexión de Bosnia-Herzegovina (octubre de 1908).

Si Francia había sentido la primera el frío contacto de los cañones alemanes, ahora le tocó a Rusia sufrir la humillación por la potencia austriaca.

Iswolsky, ruso, y Aerenthal, austriaco, habíanse puesto de acuerdo para la anexión de los territorios de Bosnia-Herzegovina por parte de Austria-Hungría, a cambio de que a Rusia se la reconociese el derecho de libre tránsito por los Estrechos. Austria-Hungría procedió a la anexión de lo que ya tenía ocupado desde el Tratado de Berlín (1878), sabiendo, por otra parte, que ya se encargarían otras potencias de impedir a Rusia el paso de los Estrechos. En efecto, Inglaterra no consintió esto último. Rusia sintióse escandalosamente burlada, e Inglaterra ofendida por no haber sido consultada en la anexión de los territorios balcánicos.

Sir Edward Grey manifestó que su país no sería arrasado a la guerra por cuestiones balcánicas, pero apoyó decididamente a Rusia, que estaba rabiosa. Con todo, ésta tuvo que ceder, después de una larga y agria discusión. Consecuencia de ello fué un refuerzo considerable en la amistad franco-rusa, por aquello de que siempre acerca más la derrota que la victoria.

El conflicto de Agadir.

Otro rozamiento franco-alemán. Habiendo los franceses ocupado Fez, Alemania sintióse cada vez más aislada del Continente africano, y con el pretexto de que en el puerto de Agadir había intereses alemanes que salvaguardar, envió súbitamente al cañonero *Panther*.

¿Cuál podía ser el propósito de Alemania? "La Gran Bretaña consultó el Atlas"—dice Churchill.

Parece que se trataba de tantear nuevamente la posición inglesa al lado de Francia, ya que había una crecida corriente liberal opuesta a la política intervencionista del Foreign Office.

Lloyd George, entonces ministro de Hacienda, formaba francamente en las filas de esta tendencia abstencionista. Pero de pronto, después de veintiún días de absoluto silencio de las cancillerías alemanas, se operó en él un cambio notable. Ante la Asociación de Banqueros habló y dijo que si la paz hubiera de ser preservada al precio de entregar la Gran Bretaña su posición ventajosa, procediéndose en asuntos vitales para ella sin su concurso, "entonces di-

go, categóricamente, que la paz a tal precio sería una humillación intolerable que no podría soportar un país como el nuestro".

Esto demostró que el Gabinete inglés se había unido. La reacción alemana no se hizo esperar. Hasta tal punto se temió por la paz que Sir Edward Grey anunció al propio Lloyd George: "Acabo de recibir ahora mismo una comunicación del Embajador alemán, tan enérgica, que creo que nuestra flota puede ser atacada en cualquier momento."

Sin embargo, los alemanes no pensaban llegar a una guerra todavía, sobre todo con los ingleses. "Era cuestión, dice Von Tirpitz, de contener nuestros nervios, continuar armándonos en gran escala, evitar toda provocación y esperar sin impaciencia hasta que nuestro poder naval fuese un hecho y obligásemos a los ingleses a dejarnos respirar en paz".

Por su parte Gran Bretaña substituyó en el Almirantazgo a McKenna por W. S. Churchill.

La crisis de Agadir acabó con un complicado arreglo de fronteras en el Africa Occidental. Pero los resentimientos aumentaban y proporcionadamente se acrecentaban los armamentos.

Las guerras balcánicas (1912-1913)

Sirvieron para delimitar más aún los dos frentes y para poner a prueba la potencia de las respectivas diplomacias que luchaban sordamente tras los bastidores del escenario balcánico.

* * *

En 1905, al constituirse el Gabinete liberal de Campbell-Bannerman, Haldane fué nombrado ministro de la Guerra y ante la sorpresa general—se le creía incapaz para su nueva misión—, reorganizó el ejército y le dotó de un Estado Mayor apto.

Pero donde se hizo el máximo esfuerzo fué en la Marina de guerra. El carácter fogoso, emprendedor y quizá un poco alarmista de W. S. Churchill, ahora jefe del Almirantazgo, ayudó maravillosamente a la obra emprendida desde hacía algún tiempo por Lord Fisher, almirante de la Escuadra.

No voy a hacer una exposición detallada de programas navales, ni de cifras. Se seguía desde Inglaterra con inquietud el crecimiento cada vez más grande de la flota alemana, y a todo proyecto germano de construcciones navales se contestaba con un nuevo programa que dejaba a la Escuadra británica en condiciones de doblar casi el número a su antagonista. Por otra parte Churchill substituyó en la mayoría de los barcos el combustible sólido por el líquido, y se apresuró a almacenar en las Islas cantidades fabulosas de aceites pesados. Además se aumentó el calibre de los cañones, y se dispuso todo para una movilización instantánea.

En 1912 todo estaba preparado, se habían reunido los Estados Mayores del Ejército y de la Marina y se hicieron planes para una posible campaña. W. S. Churchill, impaciente, calculó incluso los días que los alemanes tardarían en ocupar Bélgica y en lanzar todas sus fuerzas a la batalla. En honor a la verdad puede decirse que sus cálculos apenas fallaron.

Como algunos dicen, en este mundo todo llega. En efecto, llegaron sucesivamente el ultimátum austriaco a Serbia, la declaración de guerra alemana a Rusia y luego a Francia, el ultimátum inglés a Alemania por la invasión de Bélgica; y también aquellas solemnes y emocionantes doce campanadas, al caer en el abismo de la Historia, el día tres de agosto. Luego el telegrama final a todos los jefes de los barcos de la flota inglesa: "Empiece las hostilidades contra Alemania".

Francisco Hernanz.



BISMARCK

EL II REICH ALEMÁN

DE LA HEGEMONÍA AL DESASTRE

Per aspera ad astra

“Los colores negro y blanco de la bandera prusiana
Ondeaban todavía delante de nosotros,
Cuando por el rey morían sus leales servidores
Uno tras otro y todos satisfechos.
Sin temor veíamos cómo se retiraba a los que habían caído,
cuando un grito vino a herirnos en lo más profundo del
[corazón:
¡Ya no habéis de ser más prusianos, habéis de ser alema-
[nes!”

Con las estrofas de esta canción en los labios desfila-
ban los granaderos de Prusia en largas columnas, mientras
a sus espaldas, por todo Berlín, detrás de las barricadas,
en las calles que hormigueaban de grupos armados y de
manifestantes, aun en la misma plaza del real palacio, se
oía cantar:

“¡Adelante! ¡Adelante, hijos de Alemania,
Adelante, sin temor a la pelea!”

¿Qué clase de lucha entre principios, qué choque en-
tre ideas se había trabado en la capital de Prusia, en Ber-
lín? ¿Y, para qué? ¿Cómo? ¿Entre quiénes?

¿A qué respondían estas dos posiciones antagónicas:
ser o no ser alemanes? ¿Ser o no ser, la vieja disyuntiva
de Hamlet!

* * *

Bajo las ventanas del real palacio los revoltosos orde-
nan que sean alineados los cadáveres de sus caídos. A gran-
des voces, piden que el Rey se asome a las ventanas.

Pálido, apoyado en el brazo de la Reina Isabel, aparece
Federico-Guillermo, enfermo, tembloroso, para saludar a
los cadáveres.

El cuadro no precisa más comentarios. Es la revolu-
ción, de rostro y ademanes uniformes, triunfante ahora en
Berlín (18 y 19 de marzo), como en las jornadas de fe-
brero la viéramos en París, como el 13 del mes en que se
desarrollan estos acontecimientos, se la ha visto en Viena,
con un príncipe de Metternich, con un emperador Fernan-
do I y allegados, fugitivos; como la podríamos ver en
los pequeños Estados alemanes con sus soberanos desha-
ciéndose ante ella en reverencias y concesiones.

La revolución desmelenada de que nos habla Donoso
Cortés, que en estos momentos ha planteado en Francia la
alternativa entre el socialismo a lo Luis Blanc y la Repú-
blica democrática de Lamartine, y que en Prusia, ponga-
mos por caso, ofrece además otras variantes que en el
fondo van a parar a una solución misma republicana y

radical: la Monarquía democrática prusiana y el Imperio
democrático alemán.

En toda Alemania agitan los aires las ondas de una
idea gigantesca, idea cuya realización es para Donoso Cor-
tés de una imposibilidad radical: la de “dar vida a una
Alemania unitaria y demagógica”, siendo así que este país
“no ha alcanzado plenamente su unidad ni aun en los
tiempos del Sacro Romano Imperio”

Momentos decisivos

Ha transcurrido ya mucho tiempo desde los agitados
días de 1848.

En la dirección de los negocios de Prusia los hombres
se han ido renovando: a Federico-Guillermo IV, el mo-
narca soñador, que ajeno a la sensación de peligro no ha
puesto reparo en coquetear con las fuerzas del desorden,
le sucede su hermano Guillermo I; los viejos Camphausen,
Radowitz, Manteuffel, Hohenzollern, etc. han cedido la
jefatura del Gobierno a un hombre, que frisaré en los cua-
renta y siete años, “lleno de vigor y energía”, a quien la
Providencia destina para que “puesto al frente de los ne-
gocios y con ayuda del ejército, baste por sí solo para mu-
dar el semblante de las cosas públicas”. Se llama Otón
de Bismarck.

El Imperio alemán debe ser su obra personalísima; él
ha sido contestando a una interpelación mordaz en un
punto tocante a la cuestión alemana, el que ha declarado
paladinamente en la cámara popular: “Alemania tiene su
mirada fija no en el liberalismo de Prusia, sino en la fuerza
de Prusia; la Baviera, el Wurtemberg, el mismo Baden,
pueden permitirse el lujo de ser favorables al liberalismo;
es esta la razón por la cual nadie les atribuirá el papel de
Prusia... Las grandes cuestiones no van a decidirse con
discursos ni votaciones de la mayoría—creerlo así fué el
gran error de 1848 y 1849—sino *por el hierro y el fuego*”.

Esta frase, como aquella otra que le atribuyó uno de
sus adversarios políticos “Macht geht uber Recht”, (La
fuerza sobrepasa al derecho) plasman de forma gráfica la
audacia de su política en todos los campos. Sus actos des-
de la llegada al poder tienen el sello de una inconfundible
dureza. Tanta, que incluso llegan a atemorizar al mismo
Rey.

Gobierna a despecho de las mayorías, sin contar nunca
con su aprobación. Le apoya el partido conservador (“feudal”
se le llama) y la protección más incommovible de su
Rey y del Ejército. Estos, y la fuerza de sus sarcasmos
más punzantes dirigidos contra sus enemigos, son las ar-
mas de que se vale en todo momento.

* * *

...En un salón de la Embajada de Prusia en Viena se
encuentran reunidos seis personajes para discutir las con-
diciones de paz entre tres potencias: Prusia y Austria por
un lado, y Dinamarca por el otro. Representan a Prusia
el Embajador Barón de Werther y el señor de Bismarck,
a Austria su primer Ministro Rechberg y el Barón de
Bemer, y a Dinamarca, el país que pide la paz después de
la contienda por los ducados del Elba, el señor de Quaade
y el coronel Kauffmann.

Es el año 1864, a primeros de agosto.

Por sus inflexibles exigencias uno de los diplomáticos se singulariza entre los demás. Ante la impasibilidad de Europa la paz se concierta en condiciones sumamente onerosas para el vencido.

Por su parte, los vencedores, Austria y Prusia, acuerdan en Gastein el reparto del botín. La Convención contiene los siguientes puntos: cesión por Austria a favor de Prusia, mediante el pago de dos millones y medio de rixdales daneses, del ducado de Lauenburg; cesión a Prusia del Schleswig y, finalmente, *condominio* en el Holstein bien que con cláusulas particulares que le ponen a discreción de la Prusia.

La firma de este acuerdo estuvo a punto de provocar un conflicto entre los vencedores. ¿Quién lo había sido en realidad?

La sima de un radical desacuerdo quedaba abierta entre las dos potencias que, durante corto tiempo, habían obrado de consuno. De eventuales amigas han pasado a ser inconciliables rivales.

Frente a frente por la hegemonía en Alemania

Desde las primeras horas de la mañana de 3 de julio de 1866, un grupo de jinetes prusianos asomados a lo alto de la colina de Dub, siguen las evoluciones paralelas de dos ejércitos que ocupan posiciones para reñir una gran batalla. Durante la jornada del día anterior el mayor Von Unger ha introducido una cuña audaz entre las líneas austríacas y ha comprobado la presencia de importantes fuerzas enemigas entre el Elba y el Bistritz. El grueso del ejército que se opone a la victoriosa marcha de los prusianos se encuentra en la llanura entre el Koniggrätz y Sadowa. Cuando el mariscal Helmuth von Moltke se ha enterado de la situación, sólo ha dicho: "¡Loado sea Dios! Será allí donde les derrotaremos".

Bismarck al hacerse cargo del desarrollo de los primeros combates, pregunta al mariscal Moltke: "¿Teneis idea de la extensión del mantel en cuyo extremo acabamos de hacer presa?". "Lo ignoro totalmente; acaso sea todo el ejército austríaco".

Y, en efecto, la deficiente estrategia de Benedeck está comprometiendo su ejército en una sola batalla entablada desde una posición desventajosa.

La victoria de una u otra parte representará el desfile de los respectivos ejércitos por la Unter den Linden o bajo los muros del Belvedere! como resultado, inmediato también, significará la pérdida definitiva de toda intervención en los asuntos de Alemania y la crisis de uno u otro de los contendientes como primera potencia europea. Si vence Austria, Prusia, eliminada de Alemania como estado predominante, giraría irremisiblemente en la órbita de la vencedora; en caso de ser Austria la derrotada entraría poco a poco bajo la política prusiana; más allá, todavía en el tiempo acabaría por fundirse con Alemania en el "Anschluss". Todas las ocasiones desaprovechadas para Prusia, aquellas equivocaciones de 1805 y de 1806 que en términos duros comenta el propio Bismarck: (1), aquella falta de plan en la política exterior durante medio siglo, todo se resarcía con esta sola jugada de dados de la fortuna.

El generalísimo austríaco, Benedeck prevé la magni-

(1) «El no haber nosotros aprovechado en 1805 la ocasión que se nos ofreció para ayudar a destruir la superioridad francesa fué una tontería mayúscula, pues lo que entonces debíamos hacer era atacar a Napoleón con rapidez, vigorosamente y hasta el último aliento. Permaneciendo quietos cometimos una torpeza aún mayor que si hubiésemos abrazado el partido de Francia. Poco después de haber dejado aquella ocasión, debíamos, en 1806, mantener la paz a *tout prix* y esperar otra coyuntura más favorable». «...Lo que no podemos hacer es persistir en el centro de Europa en una pasividad, en una falta de plan que solo se compadece con la inacción. Esto puede traernos los mismos peligros que en 1805; y, si no hacemos algo por ser martillo, acabaremos por ser yunque».

tud del desastre que se avecina; y no tiene ni un solo intento de reacción: van cayendo sucesivamente todas las posiciones de los austríacos. Los últimos resplandores de aquel 3 de julio vieron el brillo de los sables de los coraceros agitarse sobre las dispersas fuerzas austríacas.

En adelante, todos los caminos conducirían hacia el Imperio.

El Imperio. - La hegemonía europea: El Congreso de Berlin

Desde 1866 los cuervos no sobrevuelan ya la montaña de Kissingen, en la Franconia, donde según romántica leyenda descansa el Emperador Federico Barbarroja esperando el día de la reconstrucción unitaria del Imperio Germánico, porque ahora la sombra del gran Emperador se agita entre sueños próxima a levantarse de nuevo. Ha sido que desde el Rhin hasta el Niemen resuena la trompa guerrera convocando a la cita de los héroes:

*«Es braust ein Ruf wie Donnerhall,
wie Schwertgeklirr und Wogenprall:
Zum Rhein, zum Rhein, zum deutschen Rhein! (2)»*

Wissembourg, Wört—Reichschoffen, Spickeren, Borny; Mars-la-Tour, Gravelotte, Saint Privat, Metz, Beaumont Sedán, Versalles, París, son nombres que jalonan una ininterrumpida serie de éxitos alemanes que tienen su consagración en la severa ceremonia de "la galería de los espejos" en Versalles y en el paso de los granaderos alemanes bajo el arco del Triunfo y por la Plaza de la Estrella.

No vamos a detenernos ahora en la descripción del conflicto franco-prusiano. En el presente número de "Cristiandad" el artículo dedicado a comentar el sentimiento de "revanche" que domina desde 1871 hasta las horas aciagas de 1914, nos da de ella una descripción suficiente.

Las salas de Versalles, testigos de las glorias de Francia, han visto el ocaso del Emperador "élu des sept millions" y el nacimiento del poderoso Imperio Alemán.

El mérito personalísimo de haberlo forjado, en la forma como ha adquirido realidad, hay que atribuirlo indudablemente a un solo hombre: Bismarck.

¡Cuántas noches de vela, cuántos días de incesante martilleo, cuánta lucha y tensión a todas horas no había costado aquella empresa gigantesca, colosal, que colocaba en el centro de Europa una unidad capaz de irradiar su influjo poderosísimo a todo el viejo continente y más allá todavía!

* * *

Y también lo de Francia se ha quedado atrás. Anexionada al naciente Imperio la Alsacia y parte de la Lorena; pagada la indemnización de los 1.000 millones de francos, Bismarck y sus auxiliares se dedicaron a consolidar su obra.

Presiden la política bismarkiana dos ideas fundamentales: reforzar la unidad interior y consolidar la posición internacional del nuevo Imperio garantizando en sus líneas generales el mapa de Europa tal como ha salido en 1871 del conflicto franco-prusiano.

Para esto último sigue un camino complejo de aproximación a las dos grandes potencias vecinas de Alemania: Austria y Rusia, entre las que se coloca ora como lazo de unión, ora como árbitro.

En 1872 tiene lugar, provocada por esta política, la entrevista entre Guillermo I, Alejandro II y Francisco-José, de la cual surge en 1873 por parte de Alemania una convención militar secreta con Rusia y por parte de Aus-

(2) «Un grito resuena como el estallido de un trueno, Como el entrecocar de espadas y el embate de las olas: ¡Al Rhin, al Rhin, al Rhin alemán!».

tria un acuerdo diplomático con esta potencia al que, ad-herido Guillermo I, se le conoce con el nombre de LIGA DE LOS TRES EMPERADORES.

En los Balcanes las políticas austríaca y rusa se inter-fieren, llevando consigo la debilitación de la Liga en 1875.

En este mismo año vuelve a cernirse la amenaza de un conflicto militar con Francia.

Con esta ocasión Bismarck aprecia que los lazos de la Liga entre los tres Emperadores no llevan trazas de ser duraderos y que Rusia e Inglaterra muestran veleidades fa-vorables a su enemiga. Con la nueva crisis balcánica del mismo año, se rompe en definitiva la alianza entre los tres Imperios.

Todo le hace sentir a Bismarck la necesidad del rea-juste de este sistema europeo creado por él, que, poco a poco ve escaparse de sus manos. Es cuestión de que con un impulso poderoso vuelva a tomar los hilos complejos del sistema y encauce otra vez las cosas sobre bases du-raderas.

Al mismo tiempo, con ello hará sentir a Europa su objetivo de siempre: ser el mediador poderoso en los con-flictos entre vecinos, dar al mundo la sensación de la hege-monía que ya tiene, sin duda alguna, su patria.

La guerra ruso-turca terminada con la paz de San Estéfano, le dará pie para ello. Estamos en 1878.

En el palacio Radziwill de la Wilhelmstrasse se reúnen los personajes más destacados de la diplomacia europea.

El objetivo que los reúne en torno a la mesa de con-ferencias, es: "someter la obra de San Stéfano a la libre discusión de los gabinetes firmantes de los tratados del 1856, que reglamentaron la cuestión balcánica, y asegurar, de común acuerdo y sobre las bases de nuevas garantías, la paz de que Europa se halla tan necesitada".

Entre conversaciones particulares y reuniones oficia-les transcurre un mes. Los problemas balcánicos son en-focados bajo todos sus aspectos y el tratado de San Sté-fano, término de la guerra ruso-turca, es refundido, reto-cado, modificado y desprovisto de las cláusulas que más favorecen al imperio de los Zares.

De rechazo, salen también reglamentados los puntos de fricción anglo-rusos en Asia, es cedida a Inglaterra me-diante un tratado la isla de Chipré y Francia prepara asi-mismo la conquista de Túnez.

A Bismarck le interesa desviar la atención de su ene-migo del Oeste hacia las empresas coloniales.

En todas las discusiones, el Canciller de Hierro ha ac-tuado de amigable componedor, juez y árbitro a la vez.

A pesar de todo, no ha podido evitar la colisión entre los intereses de Austria y Rusia, y al inclinarse por aque-lla se ha concitado los recelos de San Petersburgo.

La alianza de 1879 con el Emperador Francisco-José, de carácter defensivo frente a un ataque de Rusia y, even-tualmente, contra el ataque de Francia, provoca una ola de resentimiento en la corte de los zares. Es la Doble Alian-za, que acaba de entrar en juego, y a la que a largo plazo habrá que buscar un contrapeso.

La subida al trono de Alejandro III y su política ger-manizante aproximan de nuevo a las tres cortes. Hijo de esta aproximación es el tratado secreto por el que Austria, Rusia y Alemania se comprometen recíprocamente a una neutralidad benévola en caso de ser una de ellas atacada por una tercera potencia. Al año siguiente, esta situación da pie a la alianza de los tres Emperadores que deberá tener tres años de duración (1881-1884).

El sistema defensivo de Alemania se ha ampliado de esta manera y en el año siguiente se consolida todavía más con la aplicación de la garantía de Italia, mediante la Tri-ple Alianza vulgarmente conocida por "la Trílice".

En 1887 la posición de Alemania se ve garantizada: 1.º por la Dúplice, concertada con Austria; 2.º por la Trí-lice en la que se ha admitido a Italia y que se convertirá en

Cuadrúplice al entrar en ella Rumania. Inglaterra decla-rará en 1889 que su propia política es paralela a la de la Trílice. Francia se halla, por consiguiente aislada.

El equilibrio se ha roto en beneficio de Alemania: ante la disparidad de fuerzas es seguro que se mantendrá la paz, de momento.

Pero no por mucho tiempo.

Cuando en 1890 la estrella de Bismarck camina hacia su ocaso, los continuadores materiales de su obra, verán a ésta deshacerse entre sus manos.

En 1891, Rusia marcha hacia la convención militar con Francia que se concertará a través de los respectivos estados mayores. Nace con ello el sistema "dual" frente a la vasta concepción de Bismarck.

En 1897, la aproximación parcial entre Rusia y Aus-tria permite concebir todavía algunas esperanzas.

No obstante la primera Conferencia de la Paz, cele-brada en La Haya, lleva al ánimo de los gobiernos la con-vicción de que, a la corta o no tan a la larga, la paz es una quimera para la Europa de aquellos días. Esta Conferen-cia cierra el Siglo XIX y serían aplicables a la situación que la rodea aquellas palabras con que un poeta alemán describe los momentos de transición de dicho siglo al nuestro:

"Se tiente la amplitud de las fuerzas en reposo

Y oscuramente se escrutan unos a otros".

Con el advenimiento al trono de Eduardo VII de In-glaterra, se hace manifiesta la simpatía de esta nación ha-cia Francia. En 1904 la "Entente Cordiale" concreta esta tendencia. A partir de este año, los hechos empiezan a precipitarse. Surgen las dos crisis marroquíes, la compe-tencia naval germano-inglesa. Se amplía a Rusia la parti-cipación en la *Entente Cordiale*, surgiendo con ello la *Tri-ple entente*.

En este mismo año tiene lugar la segunda Conferencia de la Paz. Y al año siguiente, ironía de los tiempos, la ri-validad entre los dos grupos se hace más y más violenta.

Se disipan las esperanzas de llegar a un acuerdo sobre las cuestiones que dividen a Europa y se está consumando la política de cerco.

Los acuerdos navales franco-inglés y franco-ruso aca-ban de completar el cuadro: la guerra estallará, no cabe duda. La carrera de armamentos se ha hecho vertiginosa; en todas partes existe el antagonismo de intereses más ca-tergórico. ¿Cómo encontrarle otra solución que la de sacrifi-car unos y otros los desmesurados egoísmos o desembocar en el choque armado?

Y entonces...

* * *

Hay quien ha pretendido ver en la Europa de esta épo-ca, que va desde el año 70 a la crisis del 14, un esplendor y una felicidad de que evidentemente carece. Después de haber examinado, aunque no más que de un modo ligero, el horizonte densísimo que se cierne sobre nuestro conti-nente, difícilmente nos atreveríamos a compartir esta opi-nión.

Que las cortes fueran espléndidas, que el ambiente de decadencia que en ellas se respiraba pudiera seducir al ob-servador superficial, nos es posible admitirlo.

Sin embargo, al contemplar a Europa constantemente sobrecogida ante el espectro de la guerra que, en 1875, en 1876, en 1861, en 1885, en 1905, en 1908 y en 1912, ame-naza precipitarse sin remisión sobre la humanidad, nada se nos ocurre más alejado del tipo de un mundo feliz, so pena de cifrar este ideal en lo que hayan sido, en vísperas de su destrucción, Herculano y Pompeya o la Pentápolis.

Si durante este tiempo se ha habado tanto de la Paz, es precisamente por lo que se hallaba en falta, por lo que se la veía alejarse de los hombres.

Tomás Lamarca.

LA PRIMERA "VOLTA FACE"

HISTORIAL ITALIANO DE LA GESTACIÓN DE LA TRIPLE ALIANZA Y SU DISOLUCIÓN EN TIEMPOS DEL PONTIFICADO DE BENEDICTO XV

Es interesante la historia de Italia, porque se confunde con la Universal, ya que, centro natural de Europa y también del Mediterráneo, no puede separar sus destinos de los del Continente europeo. A menudo, ante el choque de Imperios más guerreros y poderosos—que frecuentemente han escogido su suelo como campo de batalla—su papel, aun cuando pasivo, no deja, por ello, de ser central.

Los Estados de Saboya

No hay duda de que entre sus misterios, pocos discuten tanto como la conservación y desarrollo de los Estados de la Casa de Saboya, que habían de constituir, andando los siglos, el núcleo de la unidad itálica.

Estos Estados juegan, constantemente, un papel principal en las alianzas europeas, desde el siglo XVI. Es cierto que la razón principal de ello es debido a su posición geográfica: a la vez puerta de Italia y país-barrera entre los dos grandes colosos continentales que hasta el siglo XIX habían de disputarse la hegemonía europea: Francia y Austria. Borbones y Habsburgos.

Sin embargo, estos Estados de Saboya se perpetúan a través de toda clase de alternativas. Aún antes de 1720, en que se transforman por la adquisición de la Isla, en Reino Sardo, desde los tiempos medievales, la Casa de Saboya ofrece la anomalía extraordinaria de la unión, bajo esta dinastía—que sólo hasta el comienzo del siglo XVIII alcanza la categoría de Casa Real—de la Saboya con el Piamonte, tan dispares.

No faltan glorias en esta Casa. La más auténtica de ellas es Manuel Filiberto, no sólo aliado, sino general de Felipe II, la figura más caballeresca de la Dinastía. Otra gloria auténtica es el Príncipe Eugenio. Tan alta es, que Alemania la considera como propia, como conductor de las huestes germánicas contra Luis XIV, liberador de Turín en 1706, cuya hazaña recuerda perennemente el "Escorial Italiano": Superga. Hace pocos años, el III Reich consagró a la memoria de este guerrero uno de sus mejores cruceros, el "Prinz Eugen".

Pero al lado de estas glorias, están las páginas turbias.

En muchas ocasiones, a lo largo de las luchas entre españoles, franceses e imperiales, Saboya se pasó al enemigo o pactó por separado. Culmina esta conducta en la guerra de la Sucesión de Austria. Cuando, en 1831 sube al trono Carlos Alberto, jefe de la rama indirecta de Saboya-Carignano, se hace definitivamente característica de la Casa esta citada falta de escrúpulos. Carlos Alberto cae, víctima de ella y de su complicidad en la Revolución, en lucha contra Austria en 1849. Su sucesor, Víctor Manuel, logra la Unidad de Italia entre 1859 y 1870, pero sólo a fuerza de astucia y duplicidad (¡tanto, que el precio fué nada menos que ceder a Francia la patria auténtica de la Dinastía, esto es, la propia Saboya!).

Proceso de la unidad italiana

Conocido es como la logró, y muy oportuno está el recordarlo, pues ello, está íntimamente unido a la gestación de lo que había de ser la tan trascendental (como paradójica y trágica) Triple Alianza, que después de conmover a Europa había de deshacerse ante la gran lucha.

En el número 4 de "Cristiandad", al hacerlo con la egregia figura de Pío IX, se estudia el proceso de la Unidad de Italia. Resumamos las etapas de la misma que mejor guarden relación con nuestro objeto.

En abril de 1859 estalla la guerra franco-sardo-austriaca. La victoria de Magenta abre las puertas de Milán a Víctor Manuel y Napoleón III: con la conquista de la ciudad, cerebro de Italia, su unidad ya era sólo cuestión de tiempo. La nueva victoria de Solferino consagró la derrota del austriaco que sólo por pocos años más, y gracias a la paz de Villafranca, logró retener Venecia y su provincia.

Simultáneamente, nueva revolución en toda Italia. En el Norte, la conspiración es una obra maestra, realizada entre bastidores por Cavour, y apoyado por Inglaterra, aun cuando hoy la Historia asegure fué debida a la corriente arrolladora de la opinión. Sucesivamente, los Estados menores del Norte, esto es, Toscana, Parma y Módena ven huir sus Duques—más o menos enfeudados a los Habsburgos de Viena—y "votan" su unión con el Piamonte.

Casi simultáneamente Víctor Manuel invade los Estados de la Iglesia: la Romaña, corriéndose luego hacia las Marcas y la Umbría.

Resultado: ante la impotencia austriaca y la indiferencia de Europa entera, comenzando por la de Napoleón III y de su ejército protector de Roma, las tropas piamontesas y las hordas garibaldinas, en proporción de 10 contra uno vencen a los heroicos pontificios en Castelfidardo y Ancona, que rememoran gallardías medievales... Y en pleno territorio arrebatado a la Iglesia, Garibaldi, teatralmente, entrega a Víctor Manuel el Reino de Nápoles y lo saluda como Rey de la Península.

Faltaba Roma

Quedaba constituido el Reino de Italia. Pero faltaba Roma, precisamente lo que constituía el símbolo de una Unidad que se había inspirado más en las antiguas glorias paganas de la Ciudad Eterna que señalado en respetar sus glorias cristianas más recientes y más verdaderas.

Mas la capital del Cristianismo se hallaba "protegida" por el César de Francia, figura sombría, el cual, si tenía compromiso con las Sectas que lo habían "hecho personaje", debía consideraciones a los católicos sin los cuales no hubiera llegado a ser ni a sostenerse Emperador; y las debía sobre todo a la Emperatriz Eugenia, una de las pocas claras figuras (honra para España) de la época.

Entonces, por vez primera, el nuevo Reino de Italia, mira hacia Prusia, el sol naciente continental, la potencia típicamente protestante que podía abatir el César Francés, que después de haber sido el gran auxiliar, la "dupe" de la Sectas y de la Casa de Saboya, su instrumento y su beneficiario al propio tiempo, era, ahora un estorbo. Y, a la vez, podía también abatir al Imperio Austriaco, fuerte aún en su decadencia, y que, por medio de su provincia véneta (no menos codiciada para completar la unidad peninsular) era, aún, un gendarme que, por su tradición católica, no consentía el despojo total del Papado.

Además, ¿no era Prusia el Piamonte de Alemania? ¿No era ella la que gestaba esta otra formidable unidad que tantas veces, después, ha conmovido al Mundo? ¿No había, por tanto, una serie de analogías que predestinaban fatalmente las dos nuevas políticas hacia una amplia inteligencia?

1866.—Estalla la guerra austro-prusiana. En Sadowa, Prusia arrolla a Austria, dirimiéndose así trágicamente

el gran pleito alemán (en el fondo religioso) de la supremacía entre Berlín y Viena, pleito que data de los tiempos de Rey Sargento y de Federico II. Triunfa el principio protestante, nórdico y déspota, sobre el católico y federativo. La única gran potencia católica declina, y con ella el catolicismo en el enorme pueblo alemán.

Nueva guerra poco gloriosa. Italia es derrotada, por tierra en Custoza (segunda vez en veinte años) y por mar en Lissa. Pero a pesar de esto, el fuerte "aliado rubio" le saca del atolladero y le procura la ansiada Venecia. ¡Ya sólo falta Roma!

1867.—Garibaldi vuelve a "sonar la trompeta". Según canta el Romance de la época, cuando esto acontece, "tiem-blan" frailes, reyes y déspotas. Mas en Mentana fué el "héroe" de Caprera el que tembló!

1870.—Año el más trascendental de los dos últimos siglos.

En julio estalla la guerra franco-prusiana, que debía, igualmente, consagrar la supremacía del Norte, ya no protestante, sino ateo, sobre la latinidad decadente. En agosto deben partir las tropas francesas que garantizaban la independencia romana... el Imperio, por lo menos "oficialmente" católico, cae en Sedán el dos de septiembre. Ya la Secta es dueña de Italia. El 11 de septiembre las tropas de Víctor Manuel irrumpen, con superioridad de 30 contra 1, el territorio Pontificio, y, el 20 de septiembre, entran en la Ciudad Eterna por la brecha de la Puerta Pía. Ya no existe poder temporal.

La unidad y sus remordimientos

No existía ya el poder temporal, pero—aparte la eterna acusación en las conciencias—, este problema, en lo político, había de constituir la pesadilla de Víctor Manuel, de sus sucesores, y de todos los Gobiernos del flamante nuevo Reino. El temor a ser objeto de revisión la colosal injusticia de la Puerta Pía, fué, en definitiva, lo que motivó los golpes de timón de la nueva nave nacional. La nueva Italia, que, como prueba del sinsabor de su conciencia, inició su joven vida con síntomas inequívocos de senectud—paradoja bien significativa—necesitaba un protector. Y, quien mejor que el mismo cómplice que le había sacado todo estorbo frente a la Puerta Pía? ¿Quién mejor que aquella misma Prusia, tanto más cuando ahora estaba convertida en el omnipotente Imperio Alemán en plena veleidad anticatólica del "Kulturkampf"?

Pero su artífice, el Canciller de Hierro, en su aguda visión, no había querido romper con su vencido de la víspera. Bismarck comprendía que la nueva y grande Alemania—cuya unidad interior era aún federativa—no podía en modo alguno enemistarse con el otro, aun cuando menos fuerte, Estado alemán (por lo menos alemán en gran parte). Bismarck guardaba complacencias con el Imperio Austriaco, que soñaba en convertir (y así fué) en su "brillante segundo". Y este "tiranizaba" Trento, Trieste, la "Italia irredenta". La alianza con Alemania implicaba, para el hijo de Víctor Manuel y los suyos la alianza con el odiado austriaco... mas las circunstancias mandaban, y el Gobierno italiano cerró los ojos. Humberto firmó en 20 de mayo de 1882 su adhesión a la alianza austro-alemana, tanto más cuanto que la fuerte reacción católica en Francia—que debía malograrse en lo porvenir—presentaba a esta nación como posible penitente de sus yerros, en los que no había, por desgracia, de tardar en reincidir.

Con esta alianza, la católica Corte de Viena venía a añadir uno más entre los suyos, que más tarde debía pagar, en 1918, tan duramente, nada menos que con la destrucción de su Imperio. Aquí el Austria abdicó de su tradición caballerosamente católica, ante el temor de una posible guerra en varios frentes (la repetición de lo que ocurriera en 1866). Y ésto cabalmente es lo que, pese a sus humanos cálculos, no pudo evitar le aconteciera en 1915.

Italia dentro de la Trílice

Jamás esta adhesión de Italia a los Imperios Centrales fué popular. El atávico odio al "tudesco" y al espíritu militarista por él encarnado era más fuerte que las firmas oficiales. La parte sana del país, consciente de su escasa fortaleza, y poco amiga de guerras injustas, repudiaba la aventura bélica. La parte insana, izquierdista, manejada por las logias, irresponsable provocadora de guerras hacia un ideal imperial neopagano bastante utópico e incluso pintoresco a veces, fué aproximándose a Francia a medida que esta nación extremaba su matiz revolucionario o por lo menos antirreligioso. Es notable el observar la paradoja de que no cediese el odio ancestral contra el austriaco, que ocupaba, a lo sumo, las limitadas extensiones de tierra italiana que representaba el Trentino, Istria y Trieste, y, en cambio, no existiese odio contra la Francia poseedora de países tan indiscutiblemente itálicos como Córcega y Niza, de colonia que en justicia hubiese debido ser italiana como Túnez, y potencia con la que chocaba en cualquier legítimo intento de expansión mediterránea y africana en pos de las soñadas antiguas colonias romanas.

Hasta 1914, sin embargo, parece ser que la influencia masónica—favorable, según indicios, por táctica, a Alemania—fijaba la balanza y no quería sacar todo el partido del viejo prejuicio popular antiaustriaco. Crispi, hechura de las logias, manifestó una política netamente antifrancesa, bien significativa.

Este que ha sido llamado "gran hombre de Estado", cayó ruidosamente a consecuencia del desastre sufrido en Adua el día 1 de febrero de 1896, por el general Baratieri, ante Ménelik de Abisinia. Esta catástrofe que abrió a Kitchener definitivamente el camino de la hegemonía inglesa en el Nilo y en el Sudán, anuló la política exterior italiana, y la hizo ceder en sus reclamaciones tunecinas (convención de 28 de septiembre de 1896).

El siglo XX

En los albores de este siglo subió al trono Víctor Manuel, cuyo largo reinado, tan lleno de vaivenes, debía terminar en la actual catástrofe. La de Abisinia de entonces no había podido menos que enfriar las relaciones italianas con Alemania, de la que veía no se podía sacar nada salvo a base de una magna conflagración mundial, de resultados siempre problemáticos. Desde hacía tiempo Italia había creído hallar en Trípoli—posesión turca más o menos efectiva—, un territorio de expansión que ocupar sin lesionar las ambiciones de Francia y de Inglaterra. Le convenía, por tanto, aproximarse a ambas potencias, en aquella época bien poco amigas por cierto entre sí—reciente la herida de Fachoda—. Ello era necesario realizar empero, sin enemistarse con el coloso alemán, y la Casa de Saboya recurrió a la vieja tradición diplomática de sus mayores. Los inicios de la "Entente" franco-inglesa, en 8 de abril de 1904, no hicieron sino hacer cada vez más necesarios estos prodigios de equilibrio.

La conferencia de Algeciras

En la Conferencia de Algeciras, abierta en 15 de enero de 1906, Italia jugó hábilmente un papel modesto y conciliador entre los colosos que en ella se enfrentaban. Su hora no había llegado, tanto más cuanto que su ansiada presa, Trípoli, no era más que una migaja del opíparo banquete que allí se discutía.

De otra parte, sus temores relativos a la Cuestión Romana, ante la progresiva descristianización de Francia, ya no tenían tanto fundamento. El principal vínculo que le había unido a los Imperios Centrales cedía, y, en cambio, sus ambiciones de imperialismo de modesta cuantía, la aproximaba a los occidentales que eran los únicos que podían satisfacerlo o por lo menos autorizarlo. Además, la cuestión de Albania, que la decadencia turca había de po-

ner pronto sobre el tapete, enfrentaba, una vez más, a los Gabinetes de Roma y de Viena. Así el primero de ellos contempló friamente la conmoción europea que determinó, en 1911, el famoso "golpe de Agadir" del Kaiser, evitando siempre pronunciarse abiertamente.

La guerra italo-turca

Porque es en este año que, en fin, Italia llega a las consecuencias de su labor diplomática de dos lustros: la guerra italo-turca.

No descendemos, por falta de espacio, a los detalles de la misma.

El momento diplomático escogido (verano de 1911) no podía ser mejor. Inglaterra y Francia, que por su "Entente" con Rusia habían renunciado a la amistad turca (por primera vez desde hacía casi dos siglos la Gran Bretaña y Turquía se hacían enemigas), no veían inconveniente en atraerse a Italia, separándola así de sus contrarios, por el bajo precio del territorio libico, evitando, así, al propio tiempo, un litigio entre ellas por esta pobre manzana de discordia que, en cambio, no había inconveniente en que cayese en manos de potencia menos fuerte. Alemania quedó indecisa, no sabiendo si preferir el inseguro aliado italiano al posible aliado turco. Sólo Austria, tradicionalmente protectora de la Sublime Puerta por antieslavismo, elevó su voz: mas las águilas bicéfalas por sí solas no pudieron evitar el conflicto. Otra vez la vieja dinastía de Habsburgo incurrió en el tradicional error de proteger al turco, facilitando así—como en todo lo largo del siglo XIX—a la vieja causa liberal, desde los tiempos de las andanzas de Lord Byron, la elegante posición de "protectora" de los pequeños pueblos oprimidos. Hubo, por tanto, tirantez entre los dos "aliados", y movilización en las fronteras tirolesas (y no hablamos ahora del otro motivo de rivalidad, Albania, donde Austria había colocado en el trono a un oficial suyo, Federico de Wied).

Que las complacencias de la "Entente" hacia Italia, eran cada vez más sospechosas, lo demuestra el carácter de esta guerra. Pese a la categoría "teórica" de "gran potencia", es bien cierto que Italia, de existir campo de batalla terrestre, difícilmente hubiera podido enfrentarse con el ejército turco, que, tras el colapso de la próxima guerra balcánica (1912), había de demostrar, en la I Guerra Mundial que, auxiliado por la técnica germana, era, aún temible. Pero afortunadamente para Italia, por falta de accesos terrestres, su guerra sólo podía ser marítima. A su moderna flota, la Puerta sólo podía oponer viejos navíos. Ello permitió efectuar a aquella desembarcos en la costa de Tripolitania, bajo el amparo de la artillería de sus acorazados, y aún ocupar las islas del Dodecaneso (que tanta trascendencia debían tener en lo futuro). Guerra, por tanto, esencialmente marítima, que no podía por tanto en modo alguno concebirse sin el visto-bueno de la "Entente", dueña de las rutas mediterráneas.

Mas los italianos difícilmente alcanzaban a llegar más allá del amparo de las piezas pesadas de su marina. En Trípoli no podían soñar en adentrarse en el desierto, feudo de feroces hordas musulmanas. La guerra hubiera podido durar indefinidamente si los disturbios interiores y la coalición balcánica no hubiesen aconsejado al Sultán apresurar la paz. Ésta se concluyó en Lausanne en los albores de otoño de 1912, al mismo tiempo que los países balcánicos sacaban la espada, a su vez, para eliminar de Europa, casi por completo, los agonizantes restos del poderío turco. Nuevamente, como ya era tradicional, el ajedrez de las circunstancias favorecía a Italia.

Evolución definitiva hacia la «Entente»

Mas ésta, débil siempre, se veía ahora dueña de unas posesiones, no dignas de un imperio, ciertamente, pero ya

respetables. Posesiones que, separadas de la metrópoli por el mar, habían de perderse indefectiblemente en caso de conflicto con la "Entente", poder eminentemente marítimo. Era evidente que Italia no intentaría jamás tal aventura. A este importante motivo material que la separaba fatalmente de sus aliados oficiales, veníanse a unir un nuevo reflorcer del viejo "irredentismo" garibaldino que promovía agitaciones a veces incluso un tanto tartarinescas. El pintoresco poeta Gabriel D'Annunzio encarna estos lirismos, que son la última manifestación del típico y moribundo liberalismo hijo del Siglo XIX.

Bien sabido es lo demás. Al estallar la guerra en 1914, Italia permaneció neutral. Momentáneamente, la rivalidad Giolitti-Salandra, que encarnaba las dos tendencias (germanófila y aliadófila) mantuvo la balanza en su nivel, pero ya indudable era el lado hacia el que se inclinaría. Prudentemente se esperó para ver el giro que tomaban los acontecimientos. 1915 empezó ya con auspicios de guerra larga, guerra económica, y, por tanto, con probabilidades a favor de los aliados. Y estar a su lado era asegurar las conquistas de la guerra italo-turca. Frecuentemente se ha hablado de la "victoria mutilada", y de que Italia no sacó del triunfo de 1918 más que el escaso botín de las pequeñas provincias "irredentas". En realidad, fué en la Gran Guerra que adquirió, de hecho, la Libia y el Dodecaneso cuya posesión era hasta entonces harto dudosa. El 5 de mayo, en Quarto (Génova), se inauguró un monumento a Garibaldi y a los "mil" expedicionarios de 1860. Asistió el inevitable D'Annunzio. Se pidió el mantenimiento de Salandra y se produjo la esperada manifestación antiaustriaca. El 24 de mayo de 1915 Italia entra en guerra al lado de los aliados.

El pontificado de Benedicto XV

El lector excusará el largo relato que antecede en gracia al fin que perseguimos: analizar las hondas raíces de vieja y típica tradición liberal (con inevitables resabios antipapales) que informan el pensamiento y la política italiana oficial durante la Gran Guerra, o, lo que es lo mismo, durante el Pontificado de Benedicto XV.

Preciso es tener esto bien presente, para apreciar las enormes dificultades que rodearon a éste. Pese a la hipócrita Ley de Garantías, el Papa era un prisionero del Estado italiano, y éste era beligerante. Pese a lo que la propaganda ha afirmado, si bien la conducta del Gobierno italiano respecto al Santo Padre no fué brutal ni mucho menos, ni tampoco opresora, no fué por ello menos fría y calculadora. La representación de los Imperios Centrales cerca del Pontífice hubo de ser retirada, y solamente por medio de Suiza, la hábil diplomacia vaticana, con el auxilio de Dios, logró seguir en contacto con los hijos que se hallaban al otro lado de las trincheras. Es en esta época que brilla, precisamente—1917—la figura del joven Nuncio Apostólico en Baviera, Monseñor Pacelli, llamado a grandes destinos, hoy Papa Pío XII.

Benedicto XV, luchando contra estas dificultades casi insuperables, fué, sin embargo, apóstol infatigable de la paz. Entre sus gestiones figura, especialmente, ésta de 1917, que fué rechazada como todas. Alemania no quiso escuchar hasta que se vió al borde de la catástrofe. Huelga decir que volvió a cundir la vieja murmuración, en los países aliados, que calificaba al Papa de "Austrófilo" como en los "mejores tiempos" del siglo XIX. D'Annunzio, siempre fotogénico, personificaba aquella época y su trasnochado liberalismo. Mas las décadas que han seguido a 1918, han demostrado cuán equivocados estuvieron aquellos grandes que no quisieron oír la voz del Papa. Una nueva catástrofe, la que empezó en 1939, mucho mayor que la primera, y ríos de sangre, rubrican, definitivamente, esta afirmación.

Luis Creus Vidal.

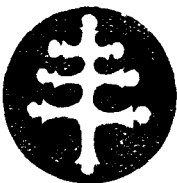
BENEDICTUS XV

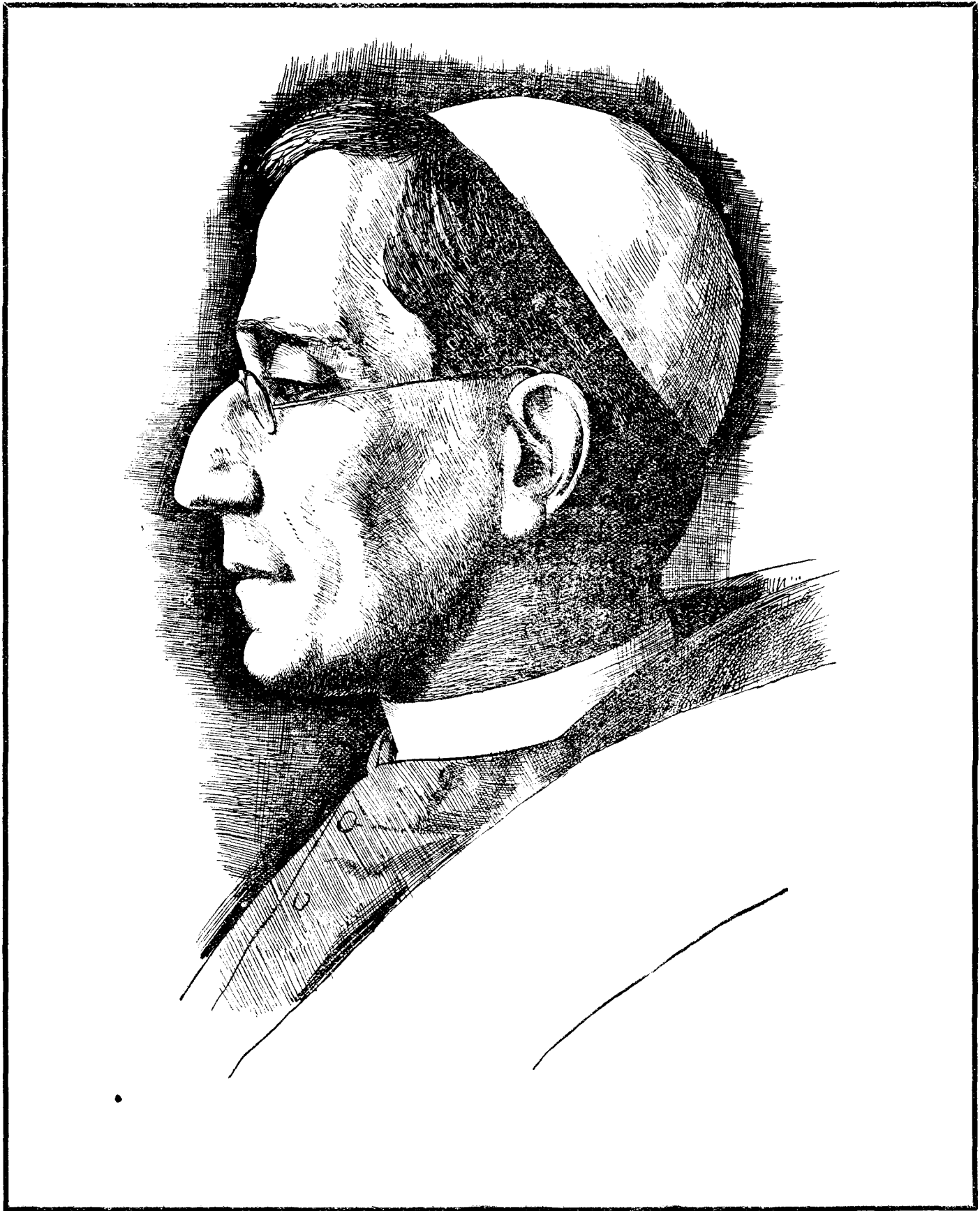
«Mi Pontificado será breve». Este su presentimiento se cumplió. Quizá por esta razón, y por coincidir con los agitados años de la primera Guerra Mundial—que tanto obstaculizó la labor apostólica—su figura ha quedado, en el recuerdo del pueblo fiel, un tanto en la penumbra, situada como se halla entre la de su antecesor, Pío X, que llenó la Iglesia de fervor y caridad, y la de su sucesor Pío XI, el Papa del espíritu sobrenatural y de los rumbos decisivos.

◆ Mas, a medida que el tiempo transcurre, mejor se vé que el esplendor de los dos Pios no debe hacer olvidar la labor heroica de quien recogió del primero el timón de la Nave de Pedro para entregarlo al segundo sin haber desviado un momento la ruta señalada por la Providencia en medio del primero de los dos mayores temporales registrados por la Historia.

De un modo especial los españoles estamos obligados a tributar alto recuerdo a quien fué llamado «Papa diplomático». Equívoca nominación, si por diplomacia entendemos la del guante blanco. El Vicario de Cristo es Padre: y los padres no tienen, en relación con sus hijos, otra diplomacia que la del amor y del sacrificio. Pero nominación acertada si por tal quiere entenderse un Pontífice personalmente experto en cuestiones jurídicas e internacionales: competencia indispensable durante tamañas circunstancias. ◆ Y decimos los españoles, por cuanto desde 1883 a 1887, en el Madrid de la Restauración—mitad pueblerino, mitad gran capital y sede indiscutible de una de las mas rancias aristocracias de su época—lo conoció como secretario en la Nunciatura, a las órdenes del ilustre Monseñor Rampolla, coincidiendo con los tiempos de arbitraje pontificio sobre la cuestión de las Carolinas con Alemania. ◆ Aquel joven secretario, cuya delicada, casi enfermiza complexión, no disminuía su prestancia próspera, era de nobilísima cuna. Su nombre, Giacomo. Natural de Génova—21 de noviembre de 1854—hijo del Marqués Giuseppe della Chiesa y de la Marquesa Giovanna, nacida Migliorati. ◆ Antes hemos hecho referencia a su alta competencia jurídica: fué laureado en esta disciplina en 1875, perfeccionando sus estudios en el Capranica. ◆ De regreso de Madrid, acompañó al Cardenal Rampolla en la Secretaría de Estado hasta el advenimiento de Pío X. Sus constantes ascensos en sus funciones correspondían al excepcional prestigio que rodeaba su persona. ◆ Este Papa lo elevó al Arzobispado de Bolonia en 1907, y al Cardenalato en junio de 1914. ◆ Solo transcurridos dos meses, huérfana la Iglesia, el Cónclave lo eligió Vicario de Cristo el 3 de septiembre. Desde hacia cuatro siglos no se había registrado un cardenalato tan breve en quien estaba destinado a subir a la Silla Apostólica: nueva prueba de la convicción general de que en aquellas trágicas circunstancias su virtud y su saber eran irremplazables. ◆ Tomó el nombre de Benedicto en memoria de su antecesor en la silla de Bolonia, el gran canonista Lambertini, Papa Benedicto XIV.

La situación delicadísima del Vaticano—pendiente aún la Cuestión Romana—no impidió, pese a todos los obstáculos, su santa actuación. Culmina ésta en los breves puntos que presentó a los beligerantes en agosto de 1917, en los que el buen sentido y la solución justa y jurídica de tantas grandes cuestiones eran informados por la caridad cristiana. No dudó en calificar al gran conflicto, enérgicamente, y prescindiendo de acerbas críticas, de «l'inutile strage», con acertado realismo. Otros senderos hubiera seguido el atormentado Siglo actual si el Mundo le hubiese escuchado. Mas prefirió unos utópicos XIV puntos de un Presidente americano y unas soluciones de odio que no han hecho sino provocar una catástrofe nueva y mucho mayor. ◆ Otra actuación, mas significativa todavía—y, esta si, aceptada y agradecida por cuantos sufrían y lloraban—fué el fruto de su ardiente caridad al organizar desde el Vaticano—cárcel aún, recordemoslo una vez mas, en país beligerante—toda suerte de auxilios a los heridos, suministro de alimentos a niños hambrientos y aún a regiones enteras necesitadas, y, sobre todo, una información sobre desaparecidos que ocupaba las mejores horas del día del Padre de todos, el cual personalmente se aplicaba a ella escribiendo de su puño y letra. ◆ Simultáneamente a tanto desvelo, el Pontífice no olvidó su función magistral: en la misma descuello su Exhortación «Ubi Primum» (recién ascendido a la Cátedra) en 8 septiembre 14, verdadera queja cristiana sobre la situación de guerra, su primera Encíclica «Ad Beatissimi» (1 noviembre 14). La Constitución «Providentissima Mater» promulgando el nuevo código de Derecho Canónico, coronando la gigante obra de Pío X (27 mayo 17). La Encíclica «Pacem» de 23 de Mayo 1920 sobre la restauración cristiana en la paz, etc. ◆ Su primer auxiliar fué el eminentísimo Cardenal Gasparri, cuya ingente labor debia perpetuarse en el siguiente Pontificado hasta coronarse en los Pactos de Letrán. Y entre los otros mas conspicuos, hallamos, significativamente, su gran Nuncio en Polonia, la gran nación cristiana entonces resucitada, Monseñor Ratti, después Pío XI, Nuncio en Baviera—es decir, en Alemania, función trascendental—a Monseñor Pacelli, hoy Pío XII. ◆ El CCLX° de los Pontífices entregó su alma al Señor, el 22 de enero de 1922, y a su gran Sucesor, como antes hemos significado, el timón de una Nave que bajo su égida había resistido impávida el temporal de una enorme Guerra mundial y, sobre todo, el de una Paz de signo anticristiano como fué la de 1918, triunfo de todas las pseudo-libertades en ocasión del hundimiento de tantos regímenes carcomidos. Dejó la Santa Sede rodeada de un prestigio siempre creciente. En medio de la orgía de errores de aquellos años, aumentó en doce el número de Naciones con representante cerca del Jefe de la Cristiandad. ◆ El Mundo habrá conceptuado estos avances como un éxito diplomático del ilustre Giacomino della Chiesa, mas para nosotros, los cristianos, son resultado de algo mucho mas sólido. Son fruto, como toda su labor, del espíritu profundamente sobrenatural del que fué Benedicto Papa XV, Custodio de la Verdad, que no deja de imponerse a las gentes de buena voluntad.





Benedictus P. XV

LA "REVANCHE"

LA PRE-GUERRA EN FRANCIA

18 de Enero de 1871

El 18 de enero de 1871 se observaba una extraña ceremonia en Versalles.

El magnífico palacio, era ocupado por un nutrido grupo de oficiales alemanes.

La plana mayor de Prusia se hallaba allí. El Rey Guillermo, el Príncipe heredero, el Canciller Bismarck, el general Moltke, generales, oficiales y personajes de las principales ramas de la administración prusiana.

Y es que Bismarck va a coronar su obra. Tres guerras en diez años: contra Dinamarca, Austria y Francia han llevado a Prusia a la cabeza del germanismo. El Canciller quiere el Imperio Alemán regido por Prusia. A partir de entonces Guillermo IV, rey de Prusia, será Guillermo I, Emperador de Alemania.

El Segundo Imperio francés en lucha contra Prusia se ha hundido. En un galope impresionante las legiones prusianas han derrotado a los ejércitos imperiales. El 16 de julio de 1870, Prusia decreta la movilización, y el 2 de septiembre el Emperador Napoleón III, junto con 83.000 hombres, se rinde en Sedán.

En París se proclama la III República y se decide luchar hasta el último hombre contra el invasor. Gambetta fué el alma de la resistencia, movilizó el país entero y se opuso con toda su indomable energía. Pero von Moltke sitió París y la capital tuvo que rendirse. El 29 de enero de 1871 los alemanes ocuparon los fuertes de París.

Once días antes se proclamó el Imperio Alemán. Cada regimiento envió a la ceremonia de Versalles, como representante, a un oficial. El del 3.º Regimiento de Infantería de la guardia era un joven teniente de 22 años, que había luchado en Sedán y anteriormente en Sadowa, contra Austria. Seguramente el joven oficial no pensaba entonces que 45 años más tarde, como sucesor de Moltke, mandaría en jefe los ejércitos alemanes y austriacos y que algo después sucedería al nieto de su Emperador Guillermo I como jefe del Imperio Alemán. Porque aquel joven teniente se llamaba Paul Beneckendorff von Hindenburg.

De todas las condiciones que impuso Bismarck a Francia al firmarse la paz de Versalles, la que se gravó más en la imaginación de los franceses fué la entrega de la Alsacia y la Lorena.

Se puede discutir si históricamente las dos provincias son francesas o alemanas. Lo mismo da. Lo cierto es que ningún francés deja de considerar como artículo de fe que Alsacia y Lorena son dos departamentos íntegra y legítimamente franceses.

Esto y la humillación de la tremenda derrota creó en Francia el espíritu de "revanche", que llena el período de 1870 a 1914. Leed las colecciones de periódicos, la literatura de la época y se verá que los temas del desquite y de la Alsacia-Lorena se repiten constantemente.

Un factor de los que empujaron a Francia hacia el rearme y luego a la primera Guerra Mundial.

El Congreso de Berlín y la alianza ruso-francesa

En 1878 se celebra el Congreso de Berlín, que marca un punto crucial en la historia de Europa desde 1870 hasta nuestros días. Aun ahora palpamos las consecuencias del mismo. Ocupémonos algo de él.

Bismarck había hecho de su amistad con Rusia el punto central de su diplomacia. La neutralidad rusa le permitió la brillante victoria de 1870.

Pero después de derrotada Austria en 1866, empezó a concebir el deseo de colocar a Prusia al frente del germanismo en la posición que antaño ocupara Austria, y esto hizo que después de la guerra con Francia se inclinara cada vez más a buscar la alianza con la Doble Monarquía danubiana.

Rusia y Austria eran, tradicionalmente, rivales por la cuestión de los Balcanes. Los zares no renunciaban de ninguna manera a su sueño de hacer ondear la bandera rusa en la mezquita de Santa Sofía y los Habsburgo procuraban contrariar este designio. Durante algunos años la habilidad diplomática de Bismarck consiguió mantener en buena armonía a los dos rivales con la famosa alianza de "los tres Emperadores". Mientras se sostuvo fueron los dueños de Europa.

Pero en 1877 se encendió una de tantas guerras rusoturcas. Empezó mal para los rusos, que se rehicieron pronto y, en diciembre de aquel año, las tropas rusas ocupaban las alturas que rodean Constantinopla, en San Stéfano.

El revuelo en el mundo diplomático fué enorme. Inglaterra se opuso netamente al plan ruso, movilizó la flota y algunas fuerzas. El espectro de la guerra apareció ante los ojos espantados de los europeos.

Entonces habló Bismarck en el Reichstag. Dice Hanotaux: "Sonaba la hora de Bismarck. Desde el fondo del destierro voluntario en que se había encerrado, entre sus torturas físicas y sus crueles insomnios la esperaba ansiosamente; la había previsto; se había preparado. Solamente él, en Europa, podía pronunciar el *quos ego*."

"Salió de su retiro y de su largo mutismo, con una proposición que lo introducía como árbitro en el punto extremo a que habían llegado las negociaciones. Había aconsejado a principios de febrero (de 1878) que la flota inglesa se detuviera al mismo tiempo que se suspendían las operaciones rusas; habiendo obtenido así un momento de espera—en el silencio de una Europa que escuchaba atentamente una voz que la arrancara de sus inquietudes—habló. Expone en el Reichstag, el 19 de febrero, lo que ve, lo que piensa, lo que quiere. Iniciativa singularmente atre-

vida que, quizá por primera vez, hace de la obra diplomática, una obra de luz y le da la ventaja de una publicidad reflexiva y calculada. Este sorprendente discurso forma en su conjunto, uno de los actos más importantes de la historia moderna puesto que proclama la situación y el papel de Alemania en Europa, puesto que, entre los problemas del porvenir, fija las posiciones que habían estado, hasta entonces, inciertas. La marcha que seguirían, durante largos años, los asuntos mundiales, incluso la derrota de los rusos en Mukden, incluso la lejana rivalidad de Inglaterra y Alemania, se origina aquí".

"El porvenir de Rusia, Inglaterra, Francia, de todas las grandes potencias, estaba en función de la determinación tomada por Alemania en esta enervada del destino."

En este discurso Bismarck lanza decididamente por la borda la alianza rusa y se pone de parte de Inglaterra y Austria y aboga por la reunión de un Congreso internacional que regule la cuestión turca.

Este Congreso se reunió en Berlín bajo la presidencia del Canciller de Hierro. Quizá nunca se había reunido un grupo de personalidades semejante. Representa a Rusia, el Canciller Gortschakoff, al cual Bismarck no podía soportar. A Inglaterra el jefe del Gobierno, Disraeli, y el ministro del exterior, Lord Salisbury; Andrassy a Austria; Waddington, a Francia; el conde Corti, a Italia, y Carathodory Pachá, a Turquía.

Este Congreso, que dura desde el 13 de junio al 13 de julio, es el momento en que la habilidad diplomática de Bismarck llega a su punto culminante. Juega a su placer con hombres como Disraeli y Gortschakoff y consigue lo que quiere.

Pero lo cierto y real es que Rusia, que ha hecho una guerra victoriosa, no obtiene más que el puerto de Bakú y el Carso y se ve abandonada por su aliada frente a la hostilidad de Europa.

El Canciller alemán procura poner en situación desairada al representante italiano, para que, en vista de este aislamiento, entre en la Dúplice, que se convierte así en Trílice.

Tenemos en los dos extremos de Europa dos naciones aisladas y ambiciosas, aunque políticamente muy distantes. Su aproximación es natural. Es el primer fundamento de la alianza franco-rusa y lo puso el Canciller Bismarck en el Congreso de Berlín.

El proceso de aproximación sufrió varias alternativas, pero al fin se llevó a cabo. El 30 de diciembre de 1893 el Zar Alejandro III dió su aprobación a la alianza.

Fachoda

Sabido es de todos el celoso cuidado con que Inglaterra vela por el Mediterráneo. Y este mar tenía un punto neurálgico en el siglo XIX: Egipto, especialmente después de la apertura del canal de Suez. Inglaterra, dueña de la mayoría de las acciones, consiguió introducirse en el país mandando un Residente que tenía como colega a un francés, aunque la influencia de éste fué bien pronto eliminada.

En un tratado entre Inglaterra y Francia se habían señalado mutuamente las zonas de influencia, pero los límites quedaban poco claros en la región del Alto Nilo y del Sudán francés. Francia cree tener derechos en ella y el capitán Marchand, con ocho oficiales y 200 soldados, llega a Loango y Brazzaville, en dirección al Oubanghi. Llega a Fachoda, en el Alto Nilo, el 12 de julio de 1898. Después de un durísimo viaje.

Pero entonces le llegan las más graves dificultades. Se halló sitiado por los derviches, seguidores del Madhi, que veinte años antes pusiera en peligro al Egipto, y su situación se hace cada día más crítica.

Un buen día aparecen numerosos barcos en el Nilo tripulados por europeos. Era Lord Kitchener que después de derrotar a los madhistas en Wadi Halfa, avanzaba hacia el Alto Nilo para asentar allí la soberanía inglesa. De paso libra a Marchand de su crítica situación.

La sorpresa de Lord Kitchener al ver la bandera francesa en Fachoda no es para descrita. Exige la retirada de Marchand, a lo que éste se niega sin orden de sus jefes. Intervienen los Gobiernos respectivos y la cuestión se agría. Lord Rosebery, con toda su flemma británica, dijo en la Cámara de los Lores: "No entiendo tanto ruido como hacen los franceses. Al fin y al cabo una bandera es uno de los objetos más fácilmente transportables que yo conozco." Por un momento la lucha pareció inminente, pero al fin Francia cedió, y Marchand recibió orden de evacuar Fachoda.

Francia, humillada, estrechó aún más su alianza con Rusia, ofreciendo a ésta facilidades económicas, para evitarse un aislamiento total. Alemania sonreía y comentaba maliciosamente sus dificultades, con lo que la humillación de Francia se hacía aún más insoportable.

La «Entente cordiale»

A principios del siglo XX la situación se precisa más.

La grave debilidad revelada por Rusia durante la guerra ruso-japonesa hace que los franceses busquen a cualquier precio la amistad inglesa.

Desde luego a ello les ayudaron varios factores. El enorme desarrollo económico obtenido por Alemania y el rápido crecimiento de su flota despertaron los celos de Inglaterra, al mismo tiempo que las ligerezas del Kaiser, le enajenaban la simpatía del inglés medio. El advenimiento de Eduardo VII, el cual no podía sufrir a su sobrino el Emperador alemán, contribuyó a ello.

Inglaterra, no obstante, siguiendo las tradiciones de la época de "espléndido aislamiento", no quería enajenar su libertad, al menos oficialmente, y sus ministros estaban en lo cierto al declarar en las Cámaras que el Gobierno inglés no tenía ningún compromiso con Francia.

Pero en 1911, con autorización del ministro y conocimiento del Gabinete, el general Wilson se puso en contacto con el general Dubail, delegado del Gobierno francés, para estudiar un plan de desembarco de 100.000 hombres en Francia, si ésta fuese atacada por Alemania...

Al año siguiente hacían lo mismo los Estados Mayores Navales. Inglaterra retiraría su flota de Malta para reforzar sus aguas metropolitanas y cubriría la costa atlántica de Francia. Esta concentraría su flota en el Mediterráneo para hacer frente a la austriaca e italiana, aunque sabían los Gobiernos que Italia, por presión inglesa, no declararían la guerra a Francia. La Trílice, aunque lo ignoraban alemanes y austriacos, volvía a ser Dúplice.

Ciertamente, el Gobierno inglés no estaba comprometido oficialmente, pero le había de ser muy difícil zafarse de estos compromisos.

A principios de 1914, los Estados Mayores Navales de Inglaterra y Rusia celebraron conferencias semejantes a las tenidas con Francia.

Se había terminado la labor, y se podía esperar confiadamente "el día del desquite".

DOMINGO SANMARTI FONT

EL DESPECHO MOSCOVITA

I. La aproximación franco-rusa

La antigua Triple Alianza de la Corte de San Petersburgo con la de los Hohenzollern y de los Habsburgos, sostenidas por Alejandro I, Nicolás I y Alejandro II, se debilitó con la subida al poder de Alejandro III.

Porque como ya había dicho Bismarck, cuando en 1870. después de firmado el tratado de Franckfort, diseñara lo que pudiera ser una Triple Alianza, aquella propia Alianza "tenía en perspectiva el conflicto, que según nuestras aprensiones, debía producirse, bajo una u otra forma, entre estas dos tendencias de las naciones europeas, que Napoleón llamaba la tendencia republicana y la tendencia cosaca".

La alianza de los Tres Emperadores fué mantenida por Alejandro III ante el temor nihilista, pero a su muerte las relaciones de Rusia con los Imperios centrales se hacen cada vez más tirantes llegando a su punto crítico, en 1878, cuando por el Tratado de Berlín, vió Rusia perder las ventajas obtenidas en San Estéfano.

Desde entonces Rusia sintió el peso de la hegemonía alemana y no dudó de manifestar su reserva, hasta el punto que el Canciller alemán pudo prever la distancia, que al presente, separaba las cortes de Berlín y del Neva, y la posibilidad de que con una alianza con Francia, Rusia se convirtiera, para Alemania, en un peligro contra su seguridad.

Había llegado el año 1879 y el Canciller yo no dudó—ante la situación creada—de la alianza con Austria, "porque desde entonces dice Bismarck tuvo que tomar con gran resolución precauciones defensivas contra Rusia para salvaguardar nuestra independencia". La nueva Triple Alianza comenzaba a esbozarse...

Por su parte Rusia buscaba nuevas directrices. "Una alianza sería evidentemente deseable para nosotros—decían los rusos—pero hasta el presente los aliados nos han costado demasiado caros". Ese mismo criterio sustentaba Alejandro III. Este príncipe, ya por su educación, ya por la influencia que en sus decisiones pudiera ejercer su esposa, hija de Cristián IX de Dinamarca—desposeído en 1862 de parte de sus estados por Prusia—dirigió las miras de su política internacional hacia nuevos horizontes que, dejando atrás las viejas Cortes de Hohenzollerns y Habsburgos se detuvieron en especial en la nueva República francesa, que surgida tras el desastre de Sedán y derrocar al postrer Napoleón, había elegido para la Presidencia del Estado a Gambetta.

Pero esta "volta face" de la política rusa no se operó, sin embargo de una manera súbita. Así veremos al pro-

pío Zar emprender, en septiembre de 1881, un viaje a Dantzig en donde se entrevistará con su tío el kaiser Guillermo, entrevista que por otra parte se mantuvo en el tono de la más íntima cordialidad. Y sin embargo, este mismo acontecimiento, tan familiar, sirvió de base a unas declaraciones que procedentes de San Petersburgo fueron sugeridas por el Conde Kapnitz en el sentido de que no debía verse en ello ninguna tendencia hacia una unión más estrecha con Berlín. "El parentesco entre los dos Monarcas—dijo Kapnitz—sirve para explicar y definir el carácter de dicha entrevista.

Sea como fuere, la aproximación de Rusia, a la democracia occidental—también se tanteó una aproximación con Inglaterra, viaje de Randolph Churchill en 1887—fué lenta. Y si ya Nicolás I declaró a raíz de la Revolución de 1830, al representante francés que "no podía admitir lo que acababa de ocurrir en Francia", ahora Alejandro III desconfiaba de aquel régimen republicano, que aun con sus más moderados representantes a la cabeza, permanecía detenido en el perpetuo temor de enajenarse la extrema izquierda al no parecer lo suficiente avanzado de ideas.

¿Cómo podían avenirse tan fácilmente las ideas absolutistas, autocráticas, de un Alejandro, con la forma liberal, democrática, de aquella joven República? Y es que la dificultad mayor estribaba en la ayuda que aquella República prestó en sus primeros días a ciertos elementos "agitados

demasiado impacientes de quebrar las bases de las sociedades organizadas", lo que dió pie para que acaecieran pequeñas diferencias, la más seria de las cuales surgió en 1885, en ocasión del indulto que el Gabinete francés otorgó al Príncipe Kropotkin, detenido en Clairvaux, por haber tomado parte en un complot de índole anarquista. La delegación rusa sostenía la opinión de que "no podía encontrarse en el pensamiento del Gobierno de la República el hacer uso de un procedimiento tan poco amistoso, prescindiendo de Rusia" a lo que se le respondió que aquello era "una medida de orden interior".

La corriente nihilista iba, por otra parte, en aumento y sin embargo, pese al tono indignado de la prensa rusa en torno al mencionado incidente, el deseo de una aproximación era evidente; Alemania era demasiado fuerte y la subida de Gambetta al Poder fué acogida favorablemente entre los elementos políticos de San Petersburgo ya que le consideraron como "el único hombre de Estado francés capaz de hacer frente al terrible Canciller de Berlín".

Pero si algo hubo que decidió de una manera definitiva la política rusa fué la creación por Alemania de la



Alejandro II

nueva Triple Alianza. Era en 1882 cuando los círculos diplomáticos de San Petersburgo tuvieron conocimiento—por una divulgación de la Gaceta de Colonia—de la adhesión de Italia al Tratado de Alianza que en 1879 firmaron entre sí Alemania y Austria.

Con este nuevo pacto se daba mayor garantía a la obra del Congreso de Berlín. Quedaba formada la Triple Alianza y con ello asegurada la superioridad de Alemania, superioridad que hacía innecesaria la alianza ruso-alemana. En Berlín la opinión pública que contemplaba a la casa de los Hohenzollern árbitra de la Triple lo comprendía así y tan sólo el partido rusófilo veía aún, algo románticamente, el poder de Alemania como cimentado en la base de una alianza con el trono de los Romanoff.

Por su parte Rusia se daba perfecta cuenta de que la Triple no estaba orientada solamente contra Francia. Si la política de Bismarck dirigió las convenciones que dieron lugar a la Triple como garantía a una supuesta agresión por parte de Francia, la creación de esta propia Alianza significaba el aumento de la hegemonía germana, lo que también afectaba por igual a Rusia interesada en mantener el equilibrio de las fuerzas.

Rusia se decantó definitivamente. Al día siguiente que la Gaceta de Colonia denunció la existencia del Pacto Tripartito, la prensa de Moscú dijo que nunca entraría Rusia en la alianza austro-alemana y que por el contrario contaría desde ahora en adelante con sus propios medios.

Pero Rusia y Francia tenían desde aquel momento la defensa en común, de sus propios intereses, y desde aquel momento Rusia orienta hacia Francia su política. La visita de personalidades rusas es correspondida con el envío de delegaciones galas a San Petersburgo y las calles de París se llenan con los clamores del himno nacional ruso: Boje Tsaria Krani... En 1891 comienzan las gestiones para las firmas del Pacto de alianza, estampadas en agosto de 1892.

Y si algún día la nación rusa se viera arrastrada a la colisión reclamaría, sin duda, el concurso de Francia. Así ocurrió efectivamente en 1914, si bien sus consecuencias fueron fatales porque la desmoralización del ejército ruso y de su retaguardia, como resultado de la propagación de las doctrinas revolucionarias, debían hacer de Rusia el campo experimental para la más tremenda de las conmociones sociales.

II. La crisis nihilista

Ahora bien, como acabamos de afirmar, fueron las doctrinas revolucionarias las que precipitaron la estructura de la antigua Rusia zarista.

Porqué puede decirse que a partir del desastre de Crimea, cuyo desgraciado desenlace puso en evidencia a la nación rusa de la interna descomposición que la minaba, las ideas políticas sufren una evolución. Como en otras semejantes circunstancias fué primero la palabra de los intelectuales la que se elevó contra el decadente sistema imperante. Acaudillaba la facción Herten quien, desde las columnas del diario Kolokol, (la Campana), ejerció sobre las juventudes universitarias una verdadera fascinación. Así es cómo tienen lugar los incidentes universitarios de 1861, los primeros que revistieron índole política.

Herten no cesaba de alentarles a la sedición. El 1 de noviembre de 1861 escribía en el Kolokol... "En Rusia las Universidades han sido cerradas. En Polonia las Iglesias, profanadas por la policía, se han clausurado por voluntad propia. Ni la luz de la razón, ni la luz de la Religión. ¿En qué tinieblas nos quieren sumergir? ¿Se han

vuelto locos?... Y sin embargo, ¿a dónde debéis ir juventudes cuando se ha recluso a la ciencia? ¿Queréis que os lo diga? Escuchad: de todos los rincones de nuestra inmensa Patria, desde el Don al Ural, desde el Volga al Dnieper, los gemidos se elevan, la revolución se agita. Es el retumbar primero de la ola que comienza a horbotear y que ha de traer infinitas tempestades después de una calma deprimente. ¡Id al Pueblo en el Pueblo! He aquí vuestra plaza, exilados de la Ciencia!"

Semejantes doctrinas produjeron sus efectos. En un corto período de tiempo, la sociedad rusa renovó sus ideas; las comunidades secretas brotan como setas venenosas en las principales ciudades rusas, impelidas todas ellas por el deseo de introducir determinadas reformas, propugnadas por las capas progresistas de la nación.

Simultáneamente una novel generación de escritores aparecieron tras el ideal lanzado por Herten: Tchernychevsky, el admirador de Feuerbach, "la cabeza de Medusa que los nihilistas arbolaron en todas sus tentativas de rebelión contra el Zar", y colaborador de la revista "Sorvemennik" (el Contemporáneo), fundada por Pouschkini; Dobrolubov; el conde Koucheler-Bezborootko, director del "Rousskoie Slovo", y creador del tipo de *pensador realista*, precursor del nihilista; finalmente citaremos a Pissarev, cuyos artículos sobre el materialismo y la destrucción de las adquisiciones del pasado eran devorados por la nueva juventud. Su teoría viene resumida poco más o menos en estas palabras suyas: "Un zapatero es superior a Rafael porque el zapatero ha producido algo útil en tanto que un cuadro de Rafael no sirve para nada". ¿Qué opinaría Mr. Dillon, el cálido panegirista de la revolución? El nihilismo comenzaba a ser "esta enfermedad contagiosa" de la que no había de poderse librar por jamás el viejo Imperio de los Zares, y que a la larga debía conducir al terrorismo.

Así ocurrió en efecto. Porque pese a la política liberal de Alejandro II—recordemos aquel rescripto suyo en el cual manifestaba su voluntad de libentar a los siervos—la reacción acabó con su vida en el atentado del 1 de marzo de 1881. Se inauguraba el período del terror.

La muerte de Alejandro II colocaba a su sucesor ante un dilema de urgente solución. ¿Seguiría una política liberal, y continuando el sistema inaugurado en tiempos de su antecesor por Loris-Melicov, haría concesiones sociales o emplearía una política de reacción?

En la sesión del Consejo del Imperio de 8 de marzo, quedaba resuelta la dificultad. Había elegido el camino de la reacción, alentado por los consejos del Conde de Tolstoi. Al terror rojo, el Zar opone el terror blanco. La antigua asociación comunista "Narodnaia Volia" vuelve a activar su campaña subversiva a la que el Comité Ejecutivo del Imperio responde con el fusilamiento de destacados revolucionarios y la intervención de las imprentas clandestinas.

Así transcurrió el reinado de Alejandro III. Bajo su sucesor Nicolás II, la estrella de los Romanov se oculta definitivamente, la idea de la revolución domina a toda la masa rusa. Con ello vino el conflicto europeo y Rusia se hundía en la marea de la derrota y de la revolución.

1917. Rusia es vencida y mientras en lo que fué frente, los restos de la Guardia Imperial, vertían, fieles, su sangre por su Emperador, en las calles de Petrogrado, los reservistas se alzaban en tono amenazador. Hasta la oficialidad desertó y el último general, fiel a su Zar, hizo traición a su honor. El Zar abdicó y a los pocos días era desterrado a Tsarkoie-Selo hasta que en una noche de julio, caía asesinado en los sótanos de una residencia en Ekaterinburgo, el último Romanov.

Luis M.* Figueras.

El "avispero" de Europa

La cuestión balcánica

En los años 1912 y 1913, las Guerras Balcánicas que estallaron en medio de una Europa en áscuas, pusieron de relieve una vez más, la cuestión balcánica. La conflagración general pudo evitarse, pero estalló a los pocos meses de firmada la Paz de Bucarest, tomando como pretexto el asesinato del Archiduque Francisco-Fernando, ocurrido en Sarajevo el 28 de junio de 1914. El atentado de Sarajevo no fué un rayo en cielo sereno, sino la chispa que hizo estallar la pólvora almacenada en las naciones europeas.

Para tener una idea del por qué hasta hoy en día adquieren tal resonancia los incidentes que se producen en esta región de Europa, que no es, ciertamente, de las más cultas, ricas, ni pobladas, es preciso hacer una revisión somera de los antecedentes históricos.

El Imperio de los Osmalíes, que desde su origen no había conocido más que una serie casi ininterrumpida de victorias, sufre su primer quebranto en 1571, en que Don Juan de Austria destruye su poderío naval en aguas de Lepanto. Derrotados por dos veces sus ejércitos ante Viena, perdidas una tras otra las plazas de Hungría, su poder militar es hundido definitivamente por el Príncipe Eugenio en los campos de Zenta. Después de la Guerra ruso-turca y por el Tratado de Carlovitz (1699), el Imperio turco ve reducidos sus territorios europeos a la península Balcánica. A partir de esta fecha la liquidación del Imperio Turco se produce a marcha acelerada, y en todas las reducciones de su territorio se beneficia Rusia, que a partir del siglo XIX cambia su táctica de anexión pura y simple por la de favorecer—bajo pretexto de proteger a la población cristiana—la formación de pequeños estados bajo su protectorado.

La cuestión de Oriente queda desde 1829 planteada en sus propios términos. El Imperio Otomano está en liquidación; Austria-Hungría, por sus provincias Croatas y costas del Adriático, está interesada en el reparto; Rusia que desde Pedro el Grande no abandona su política de expansión, sueña con una salida al mar sin el obstáculo de los estrechos; a Inglaterra que ya de hecho era limítrofe de Rusia en Asia, por el protectorado de ésta sobre Persia, no le interesa la aparición de tan poderoso vecino en el Mediterráneo.

Durante esta época, Donoso Cortés publicó en "El Piloto", el año 1839, una serie de artículos estudiando esta cuestión. De ellos entresaco el siguiente fragmento (artículo VIII): "La Rusia guerrea para vencer, vence para proteger al vencido. Y en el momento en que el vencido toma el nombre de aliado se convierte en su víctima y su presa. Las victorias de Rusia conducen a la protección; y su protección a la muerte".

Los progresos de la potencia rusa habían sido detenidos en la Convención de los Estrechos, pero no por esto abandonó su política de intervención en los asuntos de Turquía, previendo la caída de este Imperio y procurando alcanzar posiciones para lucrarse de la cuantiosa herencia a repartir. El pretexto para una nueva intervención fué la

cuestión de la propiedad de los Santos Lugares, pero el motivo lo expone Jorge Hamilton Seymour, embajador inglés, relatando una conversación con Nicolás I: "Tenemos, decía el emperador, un hombre enfermo y muy enfermo en casa, y sería una gran desgracia que se nos muriera el mejor día sin que hubiese sido preparado lo necesario".

Los Santos Lugares estaban desde Francisco I bajo la protección francesa en virtud de una serie de privilegios relativos a la seguridad del comercio y vidas de los peregrinos. Estos privilegios han recibido el nombre de Capitulaciones y han sido la base del protectorado que Francia ha ejercido durante cuatro siglos sobre las personas y bienes europeos en Oriente. Las Capitulaciones adquirieron carácter de Derecho internacional al ser incorporadas al Tratado de París de 1802. Es de notar que ni la Francia de la "Diosa Razón", ni el ministerio protestante de Guizot, habían dejado de ejercer esta misión tutelar sobre los intereses católicos en Oriente.

Los sucesivos abusos de los griegos y armenios que trabajan conjuntamente para expulsar a los católicos de la posesión de los Santos Lugares, movieron a Napoleón III a intervenir, solicitando del Sultán que los frailes católicos fueran repuestos en los lugares que poseían en 1740. La gestión francesa provocó una reacción rusa exigiendo la confirmación y ampliación de los derechos abusivos de los cismáticos. El emperador francés, cuya situación exterior estaba plagada de dificultades por el temor que tenían las potencias a que siguiera la política imperialista de su tío, le ocasionó graves dificultades diplomáticas para su reconocimiento, especialmente por parte de Rusia, cuyo emperador con un rígido criterio legitimista invocaba los acuerdos del Congreso de Viena. Estas circunstancias hicieron que Francia adoptara una política débil frente al Sultán y finalmente renunciara a sus propósitos. Rusia no contenta con esto, exigió tales concesiones de la Sublime Puerta que ésta se vió obligada a negarlas. Rusia ocupó inmediatamente los principados danubianos, pero pronto los evacuó ante la presión austro-húngara, siendo esta última potencia la que mantuvo su ocupación militar durante todo el conflicto. En el interín Turquía se había asegurado la alianza de Inglaterra y Francia, a las cuales se unió posteriormente el Piamonte y faltos de frontera común en Europa, la guerra se desarrolló en Asia y Crimea. Esta fué la llamada Guerra de Crimea que terminó en 1856 con la toma de Sebastopol. Por el Tratado de París que dió fin a la misma, Rusia abandonó la boca septentrional del Danubio. El Mar Negro fué neutralizado, los cristianos de Oriente, colocados bajo la protección conjunta de las Potencias. En fin reconoció la unión de los principados de Valaquia y Moldavia bajo el nombre de Rumania. Estos principados tras un corto gobierno del príncipe Cuza, eligen un príncipe de la casa Hohenzollern, Carlos I de Rumania, fundador de la actual dinastía.

La debilidad de Francia después de la guerra franco-

prusiana, la política de Bismarck, que para conservar la amistad rusa se desentendía de Oriente, y la neutralidad austro-húngara, asegurada por la promesa de entregar Bosnia y Herzegovina, movieron a Rusia a intervenir nuevamente en Turquía. El pretexto fué la represión brutal de los turcos sobre las poblaciones cristianas serbias y búlgaras. La falta de frontera común en Europa entre Rusia y Turquía y la carencia de escuadra en el Mar Negro (Convenio de París) hizo imprescindible a Rusia la colaboración rumana, que consistió, en primer lugar, en el derecho de paso y luego en una ayuda militar, que fué decisiva durante el sitio de Plewna e hizo posible el paso de los Balcanes, ocupación de Adrianópolis y amenaza directa a Constantinopla. Rusia alcanzó por la Paz de San Estéfano (marzo 1878) la casi totalidad de sus objetivos políticos y militares.

La firma del Tratado de San Estéfano produjo gran conmoción en Europa, puesto que modificaba esencialmente la situación balcánica, sin dar satisfacción ni a Rumania, de cuya firma se había visto excluida, y que perdía el control del Danubio. Inglaterra en especial, no podía consentir que Rusia por medio de un estado vasallo, Bulgaria, se asomase al Mediterráneo, poniendo en peligro la ruta de las Indias. Además la ocupación del puerto de Batum y de la desembocadura del Danubio, devolvía incrementado a Rusia el dominio del Mar Negro que le había sido negado en París. Lord Salisbury, al mismo tiempo que cursaba notas diplomáticas muy enérgicas, movilizaba tropas indias. En estas circunstancias, Rusia, cuyo victorioso ejército estaba destrozado por una campaña invernal y con evidentes señales de indisciplina, mostró intenciones conciliadoras, e hizo posible la iniciativa de Bismarck,—quien ya veía con recelo la política de Alejandro II con relación a Francia—de reunir en Berlín un Congreso internacional para reglamentar la situación Balcánica.

El Congreso de Berlín, reunido en junio de 1878, limitó considerablemente los éxitos rusos de San Estéfano. En él se redujo a Bulgaria al territorio comprendido entre el Danubio y la cordillera de los Balcanes. La comarca al sur de esta cordillera recibiría una autonomía muy amplia, pero continuaría dependiendo de la Soberanía del Sultán y recibiría el nombre de Rumelia Oriental. Austria-Hungría ocuparía por tiempo ilimitado los territorios de Bosnia, Herzegovina y la provincia de Novi-Bazar, que colocada entre Servia y Montenegro, impedía la unión de estos dos estados eslavos, a los que se reconocía plenitud de soberanía. Al final de este Congreso se dió a conocer la Convención anglo-turca, por la cual Inglaterra tomaba bajo su protección los territorios asiáticos del Sultán, con obligación de mejorar su administración y defenderlos. Inglaterra recibía el derecho de ocupar la isla de Chipre, que podía conservar hasta que Rusia devolviese a Turquía Kars y Batum. El poder soberano de Bulgaria después de una corta gestión de Alejandro de Battemberg, pasó a Fernando de Sajonia-Coburg, cuya dinastía lo conserva hasta la actualidad.

Es indudable que el Congreso de Berlín tuvo la virtud de despejar la atmósfera enrarecida europea, y equilibrar la influencia rusa en los Balcanes con la austro-húngara, pero no pudo dar una inyección de vitalidad al Imperio Otomano, ni solucionar el problema de Macedonia que desde entonces ha sido el ideal nacional de Bulgaria, cuyo sueño es la Bulgaria de San Estéfano.

Donde la etnografía balcánica es más complicada, es indudablemente en Macedonia, que ha constituido la zona de fricción de las distintas influencias y campo de captación de adeptos para el Patriarcado griego y el Exarcado búlgaro.

En el Tratado de Berlín, se prevenían la adopción de reformas administrativas conducentes a la pacificación de esta región, garantizando la libertad de conciencia e indi-

vidual de sus habitantes, pero estas reformas aplicadas por Turquía, con mala voluntad, no fueron suficientes y el propio año 1878 se inicia un período de agitación, violencia, atentados e intentos revolucionarios, obra de la "Organización interior Macedónica", que culminaron en el alzamiento general del Iline-den (20 julio 1903) que fué cruelmente sofocada por los Turcos. Las Potencias intervienen y por el acuerdo de Mürzsteg la policía turca en Macedonia pasa a depender de una Comisión Internacional, cuyos miembros, de nacionalidad austríaca, rusa, francesa e italiana toman el mando efectivo de la misma. La situación mejoró lentamente, pero no pudo evitarse una segunda emigración de los elementos pacíficos del país hacia Bulgaria—la primera emigración se produjo a raíz del reconocimiento de Bulgaria como estado independiente—ni el desarme de las bandas de Comitadgis búlgaros.

En 1908, la revolución Joven Turca con sus proyectos de europeización de Turquía, reforma política y administrativa, y restablecimiento de garantías individuales, abren una etapa de paz, y por primera vez, dice el coronel Lamouche miembro de Comisión de policía internacional, se vieron a los Comitadgis pasear desarmados por las ciudades entre los serbios, turcos y griegos. Pero el ideal Joven Turco era ultranacionalista, así es que no representó ninguna mejora efectiva de la situación de la población cristiana, antes al contrario, sufrieron una política de "turquización" acompañada de detenciones y ejecuciones en masa que han dado tan triste celebridad a este país, y en consecuencia reaparecieron las bandas.

En 1912, aprovechando que estaba en curso la guerra italo-turca, para la posesión de Tripolitania, y previo un acuerdo sobre el reparto de Macedonia, Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro declaran la guerra a Turquía, que terminó con un pleno triunfo de los estados balcánicos; pero como Bulgaria—que por su situación geográfica había llevado el peso principal de la guerra—no había ocupado la totalidad del territorio previsto, surgieron desavenencias entre los aliados, no solamente sobre las zonas que en acuerdo previo de repartición se habían dejado al arbitraje del Zar de Rusia, sino incluso sobre las adjudicadas en firme. Estas desavenencias desembocaron en la segunda guerra balcánica, en la que los antiguos aliados, con la cooperación ahora de Rumania y Turquía aniquilaron el poder militar búlgaro. De la Paz de Bucarest, que la puso término, Servia salió engrandecida y más convencida que nunca de la posibilidad de realizar su sueño de ser el Piemonte Balcánico y Bulgaria y Turquía empobrecidas y con un anhelo nacional de desquite.

La situación búlgara después de Bucarest la pinta magistralmente Churchill en su obra "La Crisis Mundial", donde dice: "Todos sus sacrificios habían sido inútiles y peor que inútiles. Todos los frutos de sus conquistas habían servido para el engrandecimiento de sus vecinos. Consideran que fueron apuñalados por la espalda por Rumania, a la cual no habían provocado en forma alguna. Veían las grandes Potencias, Inglaterra la primera, que después de prohibir a los Turcos el retorno a Adrianópolis, ni ensayan la menor tentativa para hacer respetar su decisión. Veían grandes distritos, habitados en gran parte por búlgaros, recientemente liberados de los Turcos, pasar bajo un yugo que no les era menos odioso, los griegos y los serbios. Fué en estas circunstancias que el ejército búlgaro, según palabras del rey Fernando, replegó sus estandartes y esperó mejores días".

En el día de hoy, a los veinte años del final del período estudiado y después de una Guerra Europea y en curso todavía una nueva Guerra Mundial de mayor dureza que la anterior, el problema balcánico queda en pie, los intereses en juego son los mismos. ¡Dios ilumine a los que deben ordenar la futura Paz!

J. Grenzner Montagu.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

Benedicto XV, Papa, a los pueblos beligerantes y a sus jefes

Entre las muchas comunicaciones que Benedicto XV dirigió a los pueblos beligerantes, a obispos, cardenales, etc. hemos escogido ésta, escrita con ocasión del primer aniversario de la declaración de la guerra, ofreciéndola a nuestros lectores como muestra. En ella como en todas se echa de ver en el Papa un estremecimiento por tanto horror; pero en seguida sucede la manifestación de su decidido propósito de consagrar toda su actividad y poder a la obra de la paz propia de la Iglesia.

Cuando Nos fuimos llamados, sin merecerlo, a suceder en el Trono Apostólico al dulcísimo pontífice Pío X, cuya vida santa y bienhechora fué abreviada por el dolor que le causaba la lucha fratricida que acababa de estallar en Europa, Nos sentimos también abrazando con una mirada temblorosa los campos de batalla ensangrentados, el desgarramiento de un padre que ve su casa devastada y asolada por una tempestad furiosa. Nuestro pensamiento se dirigía con inexpresable afección hacia estos jóvenes, hijos nuestros, que la muerte segaba por millares, y nuestro corazón, dilatado por la caridad de Jesucristo, se abría para recoger el tormento de madres y esposas viudas prematuramente, y los gemidos inconsolables de niños privados antes de tiempo de la asistencia paterna. Participando nuestra alma en los angustiosos temores de innumerables familias y teniendo conciencia de los deberes imperiosos que le imponía la sublime misión de paz y de amor que le había sido confiada en jornadas tan desgraciadas, Nos concebimos en seguida el decidido propósito de consagrar toda nuestra actividad y todo nuestro poder en reconciliar a los pueblos beligerantes: Nos hicimos, además, la promesa solemne al Divino Salvador, que ha querido que al precio de su sangre todos los hombres llegasen a ser hermanos.

Fueron palabras de paz y de amor las que Nos dirigimos por primera vez a las naciones y a sus gobernantes. Pero nuestros consejos, formulados con el afecto y la insistencia de un padre y de un amigo, no fueron escuchados.

* * *

En nombre de Dios Santísimo, en nombre de nuestro Padre Celestial y Señor, por la sangre preciosa de Jesús que ha rescatado la humanidad, Nos os conjuramos a vosotros a quienes la divina Providencia ha puesto en el gobierno de las naciones beligerantes, de poner fin a esta horrible carnicería, que desde hace un año deshonra a Europa. ¡Es sangre de hermanos la que se derrama sobre la tierra y sobre el mar! Las más bellas regiones de Europa, de este jardín del mundo, están cubiertas de cadáveres y de ruinas: allí donde poco antes reinaba la industriosa actividad de los talleres y el fecundo trabajo

de los campos, se oye actualmente tronar la voz formidable del cañón, que, en su furor de destrucción, no perdona ni pueblos ni ciudades, sino que siembra por todas partes la matanza y la muerte. Vosotros que lleváis delante de Dios y delante de los hombres la temible responsabilidad de la paz y de la guerra, escuchad nuestra súplica, escuchad la voz de un padre, del Vicario del Eterno y Soberano Juez, al cual deberéis rendir cuenta de las empresas públicas del mismo modo que de vuestros actos privados.

* * *

Y que no se diga que este cruel conflicto no puede ser apaciguado sin la violencia de las armas. Que se deponga de una y otra parte el mutuo deseo de destruirse. Que se reflexione bien: las naciones no mueren; humilladas y oprimidas, llevan estremecidas el yugo que les ha sido impuesto, preparando el desquite y transmitiéndose de generación en generación una triste herencia de odio y de venganza.

¿Por qué no considerar desde ahora, con una conciencia serena, los derechos y las justas aspiraciones de los pueblos? ¿Por qué no empezar, con voluntad sincera, un cambio de miras, directo o indirecto, para tener en cuenta, en la medida de lo posible, estos derechos y estas aspiraciones y llegar así al fin de esta horrible lucha, como ha sucedido en otras circunstancias análogas? ¡Bendito sea el primero que elevará el ramo de olivo y tenderá la mano al enemigo, ofreciéndole la paz en condiciones razonables! El equilibrio del mundo, la tranquilidad próspera y asegurada de las naciones se apoyan en la benevolencia mutua y en el respeto de los derechos y de la dignidad de los demás, mucho más que sobre las multitudes armadas y sobre el recinto formidable de las fortalezas.

Tal es el grito de paz, que se sale más fuerte que nunca de nuestro pecho en este triste día; y Nos invitamos a los amigos de la paz en el mundo a que se junten a Nos, para apresurar el fin de la guerra, que, ¡ay!, desde hace un año ha convertido a Europa en un vasto campo de batalla. ¡Que Jesús misericordioso, por intercesión de su Madre dolorosa haga que se vea aparecer por fin, tranquila y radiante, después de una tan espantosa tempestad, la aurora de la paz, imagen de su augusta Faz!

El internacionalismo papal

El Ilmo. Dr. TORRAS Y BAGES, Obispo de Vich, publicó con este título una pastoral, comentando la exhortación de S. S. Benedicto XV a los pueblos beligerantes y a sus gobiernos de 28 de Julio de 1915. El mismo Pontífice se apresuró a felicitarle por el penetrante juicio con que había comprendido y expresado el fondo mismo de su pensamiento.

Transcribimos el final de dicha Pastoral, por el interés que vuelve a tener en nuestros días proclamar, con Torras y Bages, que: "Las exhortaciones de los Papas a los pueblos que están en guerra y a los gobernantes de los mismos, no son actos de puro sentimentalismo, ni una mera manifestación de simpatía a las tendencias pacifistas, ni tampoco una elucubración mística proveniente de aspiraciones más celestiales que terrenales que nunca en el mundo hayan de tener perfecto cumplimiento, y menos son una reproducción en sentido cristiano de la utopía de Rousseau; sino que son el ejercicio práctico de un oficio social y la función propia de un organismo viviente".

El Derecho y su fuerza. La conciencia

En orden a los transitorios bienes materiales y mundanos, el derecho que es como un eco de lo eterno, no es siempre un beneficio, sino que a veces representa un sacrificio. Es para los Estados pequeños, para los pueblos que carecen de fuerza armada, un beneficio. Por ésto la invocación del derecho suele estar más en boca del débil que del fuerte. Para los Estados poderosos es un freno; pero la fuerza rompe los frenos y quiere transformarse en derecho. y dice como la antigua ley cesárea: "Ius est quod iussum est". Y la ciencia humana es complaciente y se rinde a los amantes poderosos y hasta busca sus favores; es monárquica, republicana, aristocráticas o democrática, según los gustos imperantes. Es más astuta que sabia, presiente las inclinaciones y a ellas se acomoda, como vive del mundo es muy mundana, y el mundo siempre aplaude a los que triunfan. El mismo derecho privado, en manos de los filósofos, si sólo dependiera de ellos, estaría aniquilado; pero aun más el derecho internacional, la regularización de las relaciones jurídicas en la sociedad de las naciones inevitablemente se confundiría con la ley del más fuerte si no existiese una garantía que con más modestia que la ciencia, pero con una constancia latente, no deja que se borre enteramente del mundo la norma que ha de regir las relaciones humanas.

La conciencia es el último refugio del derecho. Y en las épocas de civilización refinada, de multiplicación de necesidades, de abundancia de solicitudes, la fuerza de la conciencia es más necesaria; y por esto el Cristianismo, que da tanto vigor y realce a la conciencia, vino al mundo en virtud del decreto de la Providencia, cuando la sociedad debía desarrollarse con mayor esplendor, y hacerse más extensa, cuando todo el linaje humano debía constituir un sólo pueblo, cuando debían desaparecer las fronteras, significando la emancipación humana. El Cristianismo incluye la emancipación del hombre porque le hizo hijo de Dios, y el hijo de Dios no puede ser esclavo, sino que es libre con una libertad divina. Es el Cristianismo una fuerza racional opuesta a la fuerza bruta, de manera que si se extinguiese, se acabaría la emancipación humana y reaparecería la tiranía del más fuerte, volvería el "ius est quod iussum est", y en las relaciones internacionales, los pueblos que no pudiesen o no supiesen defender su independencia, acabarían por ser unas colonias del Estado más poderoso.

Afortunadamente el Cristianismo ha penetrado hasta lo más íntimo del espíritu en los pueblos civilizados, y los principios del derecho natural, vigorizados por la revelación de Cristo, tienen una resistencia que difícilmente podrá ahogar la fuerza bruta.

La Paz, obra de la Justicia

El Papa no quiere la paz a expensas de la justicia. Precisamente la Santa Sede ha condenado el principio de

que los hechos por ser consumados son justos, lo cual significa que la fuerza, en concepto de la Iglesia, no es la que crea el derecho; sino que al revés el principio regulador de las relaciones humanas, tanto en el derecho público internacional como en el derecho privado ha de sujetarse a una norma superior que los hombres no pueden suprimir porque deriva de la recta conciencia y cuando la fuerza tiránica perturbe aquella norma, la conciencia clama continuamente para que se restablezca la actitud armónica que por naturaleza corresponde.

Y el Papa no puede contradecir la doctrina que enseña. Al revés, la sostiene a pesar de las resistencias de los poderosos del siglo. La condenación de la teoría de los hechos consumados es una de las proposiciones contenidas en el Syllabus de Pío IX, documento que tan aborrecido fué; y no obstante esta condenación es la salvaguardia de los pequeños y de los débiles que en la vida internacional están expuestos a ser dominados por los Estados poderosos.

Alguien ha acusado al Papa de parcialidad por sus tentativas de reconciliación cerca de los beligerantes, por considerar que el hablar de paz cuando una de las partes ha logrado una situación ventajosa, es favorecer a ésta, porque la solución del conflicto se inclinaría a favor de la parte que llevase más ventaja en la lucha. Pero precisamente Benedicto XV, consecuente con la doctrina que representa y enseña, habla en términos que no pueden dar lugar a duda de los derechos de los pueblos y en contra de las pretensiones de los poderosos a oprimir a los pequeños. Es decir, reproduce la eterna doctrina de la justicia y recuerda los desastrosos efectos que produce la conculcación de la misma. "Las naciones, dice en su Exhortación apostólica, no mueren humilladas. Oprimidas, llevan con rabia el yugo que se les impone, preparando la reacción y transmitiendo de generación en generación la triste herencia del odio y de la venganza".

"¿Por qué desde ahora, continúa el Papa, no considerar con serena conciencia los derechos y las justas aspiraciones de los pueblos? ¿Por qué no iniciar con ánimo generoso el intercambio directo o indirecto de pretensiones a fin de tener en cuenta en la medida de lo posible, los derechos y las aspiraciones, para llegar así a poner término a la cruel lucha, como ha sucedido en otras circunstancias semejantes?... El equilibrio del mundo, la próspera y segura tranquilidad de las naciones descansa sobre la mutua benevolencia, sobre el respeto a los demás, sobre los derechos y la autoridad de los otros, más, mucho más, que sobre la multitud armada y sobre los formidables cercos de las fortalezas".

El «Praetor peregrinus». La equidad

Y el Papa usa este lenguaje en su Exhortación ciertamente en cumplimiento del carácter apostólico en su cargo; pero a nosotros nos parece que hay también en ella como una especie de dejo tradicional de los antiguos edictos del

Pretor romano, en que este antiguo magistrado procuraba conciliar los conflictos de derecho, y armonizar los hechos que se iban produciendo en el movimiento social, con el superior principio de la equidad con la cual suavizaba también la dureza de la ley civil. En el hecho, el Papa es a su manera el Pretor de la equidad: tiene en cuenta las leyes civiles de los Estados, las respeta y si la práctica de las mismas resulta lesiva a los derechos de la conciencia cristiana, emplea su influencia espiritual para suavizarlas de manera que queden neutralizados sus nocivos efectos.

Dentro de la civilización europea, con el espíritu que dimana del Evangelio, el exclusivismo de los Estados ha de ir mitigándose. Si en la antigüedad el "Praetor peregrinus" surgió por necesidad espontánea como una suave dilatación del estrecho molde del derecho civil de Roma al extenderse el dominio político de la misma en las cuestiones que surgían entre ciudadanos y no ciudadanos; en la vida moderna, y con el espíritu de inmensidad del Cristianismo que se ha ido infiltrando en nuestro linaje, y con las relaciones mercantiles y sociales que hoy de toda la humanidad hacen como un solo pueblo, es aun más necesaria una institución que haga prevalecer el derecho natural en las relaciones de Estado a Estado. Y contra la preponderancia mundial que la riqueza y la ciencia atribuyen hoy a los Estados que las poseen ventajosamente en su seno, es necesario dar el debido honor y la merecida supremacía a la equidad y a la justicia, que constituyen la ley de las leyes, el germen del verdadero derecho, contra el cual no puede prevalecer la fuerza del dinero ni los recursos de la ciencia, cuando hoy vemos a ésta divorciada de Dios, y convertida en ciencia del mal y principio de muerte.

La Roma antigua y la Roma Pontificia

Natural y sobrenaturalmente la eterna Roma es el foco de la equidad y de la justicia que deben regir las relaciones humanas.

Y la noble sabiduría de la Roma antigua adquiere mayor realce en la Roma Pontificia, pues el Evangelio, que es el código que el Papa ostenta a todos los pueblos de la tierra, es el libro perfecto de los derechos del hombre, es el código humano por excelencia, es la consagración del derecho divino, pues si Cicerón dijo: "Por naturaleza tenemos propensión al amor de los hombres: lo cual es el fundamento del derecho", en el Evangelio está escrito: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y de concierto con las Sagradas Escrituras enseñan los teólogos que el amor es la substancia de la Ley cristiana.

Las relaciones internacionales

El furor bélico es una especie de locura que oculta a los ojos de los que están poseídos del mismo, las mayores enormidades: produce actos heroicos y hechos de feroz criminalidad. En tales situaciones la sugestión es poderosa y el equilibrio es raro. La distinción entre el bien y el mal se hace difícil en los espíritus apasionados y con frecuencia llaman bien al mal y mal al bien, porque las facultades intelectuales y morales han perdido la normalidad; por esto, ya desde la antigüedad, al numen suscitador de la guerra se le ha conocido con el nombre de furor bélico.

De manera que en estos conflictos de pueblos se necesita un espíritu sereno que llame a la razón a los beligerantes, un espíritu en el cual sea difícil que la distinción entre el bien y el mal quede oscurecida y que de consiguiente pueda oportunamente hacerla resplandecer con suavidad a los ojos de los que están discordes. Y la esencia de la suprema magistratura del Romano Pontífice, en el orden

moral y jurídico, en las relaciones humanas, consiste en sostener esta distinción tan rudimentaria y en ciertas ocasiones tan difícil; y además las circunstancias que le rodean, su extramundanía, el carácter humanitario de su oficio y la sanción religiosa que da estabilidad y firmeza al deber, indican al Papa como el órgano propio que en la práctica de la vida internacional ha de influir en los espíritus para el sostenimiento del decoro moral en las relaciones entre los distintos Estados. Aun los mismos Gobiernos que en orden a la creencia discrepan del Romano Pontífice podrían admitirle como consiliario de orden moral en los congresos internacionales, en que se trata de regularizar relaciones entre los Estados, como a investido de un cargo universal y eminentemente humanitario, que le da una amplitud de espíritu, a propósito para el restablecimiento de la armonía perturbada. La intervención del Papa para nadie es humillante ni puede ser sospechosa porque su persona tiene la significación del filántropo más caracterizado, por razón de su oficio, entre todos los individuos del linaje; y el amor a los hombres es el móvil que ha de regir las relaciones internacionales, el ritmo de la armonía universal. Sin duda abundaba en estas ideas el Príncipe de Bismarck a lo menos cuando pidió el arbitraje de León XIII en el conflicto entre España y el Imperio germánico.

El romano Pontífice, órgano de paz entre los Estados

Nos parece que de las consideraciones precedentes se deduce la necesidad de que en la sociedad internacional exista un órgano cuya función propia sea mantener en lo posible la paz entre los diferentes Estados, y procurar restablecerla cuando se haya perturbado. Acabar radicalmente con las guerras es imposible, porque responden a un humor morboso que perdura en nuestra naturaleza. La lucha que existe inevitablemente en nuestra constitución individual, existe también en la constitución social, y cuando la ha permitido la sapientísima Providencia que rige a los hombres y a las sociedades, es sin duda porque de su permanencia proviene un bien superior al mal que lamentamos y debemos lamentar. El orden y el desorden se suponen mutuamente, y en la sociedad humana encontramos esta antítesis; por esto San Agustín pudo escribir: *Nihil quam hoc genus tam discordiosum vitio, tam sociale natura*".

Lo que conviene es fortalecer la naturaleza, para que el vicio de la discordia resulte más débil. El progreso en las relaciones internacionales, cuyo incremento en los tiempos modernos es tan grande, contribuye en gran manera a evidenciar que la humanidad es una familia, y que de consiguiente las relaciones de pueblo a pueblo han de ser amistosas. Este principio es la norma de la verdadera civilización y el germen del derecho internacional. Llegar a la práctica del mismo es una doble aspiración que debe ser protegida, y muy propia de corazones cristianos, porque en el fondo se identifica con el amor al prójimo, que es principio fundamental de la ley de Cristo; por lo cual aquel que es órgano de esta ley, el Romano Pontífice, no puede faltar en ninguna acción internacional que tenga por objeto mantener o restablecer la paz entre los Estados, pues entre todos los elementos que integran la universal sociedad mundana es el que, por el carácter de que está revestido, representa mejor el principio de la paz entre los hombres y quien con más eficacia puede dirigirse a la conciencia humana, en la cual ha de buscar su principal fuerza de coacción el derecho internacional público, para lograr que impere la equidad en las relaciones de los pueblos entre sí y asegurar la libertad e independencia de los Estados pequeños. Y esta conclusión nos parece que no debe ser desechada, ni aun por los mismos protestantes desapasionados.

COMENTARIO INTERNACIONAL

LA CONFERENCIA DE DUMBARTON OAKS

¿HACIA UNA NUEVA GUERRA?

La única posibilidad de paz que puede haber entre la "zona atlántica" (América, Europa Occidental y países mediterráneos) y la U. R. S. S.—ha escrito recientemente Mr. Lippmann—es la distancia que separa el valle del Misisipi de los Urales. Menguada paz y mínimas esperanzas de que pueda, en realidad, mantenerse.

Mr. Lippmann, conocido escritor y más conocido periodista norteamericano, ha publicado su anterior afirmación en un interesante libro—"U. S. War Aims"—que constituye un formidable alegato contra los principios sustentados por Wilson. Mr. Lippmann no cree en el cacareado internacionalismo y mucho menos en una franca amistad y camaradería entre Rusia y su país. Comprende que si la victoria sonriese a los aliados se producirían gravísimos problemas, planteados ya en parte hoy, que sería necesario afrontar en una forma más o menos decisiva, pero afrontarlos al fin; las fricciones que inevitablemente se seguirían, podrían agravarse hasta el extremo de desencadenar una nueva conflagración, y preveyéndola, Mr. Lippmann, dejando de un lado vanas tentativas de resucitar a la Sociedad de Naciones, lanza la idea de dividir el Mundo en varias comunidades de pueblos afines, con el propósito principal, no disimulado, de que las naciones que tienen un nexo común de civilización, y que circunscribe en la por él llamada "comunidad atlántica", opongan un dique potente a la avalancha que se avecina por Oriente.

¡Absurda victoria la que llevara consigo el germen de una nueva guerra, más terrible, sin duda alguna, que la que consume actualmente a Europa!

Mr. Lippmann tiene al menos la franqueza de exponer claramente el criterio de la inutilidad de crear un nuevo organismo que pudiera parecerse a la fenecida—aunque misteriosamente presente—Sociedad de Ginebra. Pero ante la visión atormentadora del mundo de la postguerra, sólo vislumbra un camino: impedir por la fuerza la marcha destructora del comunismo. "Plan maestro para una nueva guerra mundial" ha calificado un periódico británico el proyecto de Mr. Lippmann; pero sea o no justo el calificativo, lo cierto es que la posibilidad de una nueva guerra ha hallado eco en la mente de muchos. Tal vez Mr. Lippmann en lugar de "preparar" la previsible colisión intente impedir la formación de un núcleo de fuerzas opuesto al coloso de la estepa, pero en definitiva la paz armada sólo conducirá prácticamente a perfilar los términos de la lucha, pero no a evitarla.

Quizá a ese período turbulento se refería S. S. el Papa Pío XII cuando en su última alocución afirmaba que eran muchos los que veían que "el tránsito de la violenta tempestad a la grande tranquilidad de la paz puede ser todavía penoso y amargo", porque aquellos momentos podrían encerrar "dificultades más graves de lo que se cree".

Y en este ambiente agobiado por un porvenir que se anuncia gravísimo, y cuyos primeros síntomas aparecen amenazadores en el horizonte, los representantes de los Estados Unidos, Gran Bretaña y la U. R. S. S., se han reunido en Dumbarton Oaks para estudiar y dar a conocer al Mundo la fórmula mágica de una paz octaviana, paz en cuya ilusoria realidad parece no creer ya Mr. Lippmann.

PRESENCIA DEL ESPÍRITU DE GINEBRA

En la Conferencia de Dumbarton Oaks resonó quizás el eco de una suprema apelación. Nos referimos a la que el Sumo Pontífice con motivo del aniversario del desenca-

denamiento de la guerra, dirigió "a todos nuestros hijos e hijas del inmenso Mundo, como también a quienes sin pertenecer a la Iglesia, se sienten unidos con Nos en esta hora de decisiones, irrevocables tal vez, para que ponderen la extraordinaria gravedad del momento y consideren que, sobre todas las colaboraciones con otras tendencias ideológicas y fuerzas sociales divergentes, surgidas algunas veces por motivos puramente contingentes, la fidelidad al patrimonio de la civilización cristiana, su valerosa defensa contra las corrientes ateas y anticristianas, es un punto fundamental que no se puede nunca sacrificar por ninguna ventaja transitoria, por ninguna mudable combinación".

Gravísimas palabras que habrían de tener muy en cuenta los dirigentes de algunos Estados, a los cuales parece ir dirigida la exhortación papal, si sienten verdaderamente la tremenda responsabilidad que contraen en estos momentos decisivos. No caben excusas de "ventajas transitorias" ni de "combinaciones" provisionales—dice el Papa—ante el peligro que ello representa para nuestra civilización. ¿Cómo puede explicarse, entonces, la colaboración que sostienen aquellos que *se sienten unidos* al Vicario de Jesucristo, con los que a diario lanzan invectivas y falsedades contra la Santa Sede y contra la Jerarquía suprema de la Iglesia de Dios?

En este aspecto no podemos menos de consignar que la conferencia de Dumbarton Oaks llevaba en su seno la consagración de su propia ineficacia. Los resultados conseguidos son, por otra parte, insignificantes y totalmente provisionales, por lo que han sido acogidos con marcada frialdad, ya que no representan, en ningún sentido, una diferencia notable con la Liga de Naciones, cuya manifiesta inutilidad no hemos nuevamente de poner de relieve.

Las discusiones entre las tres grandes potencias giraron alrededor del proyecto presentado por la delegación de los Estados Unidos, cuyos puntos fundamentales se concretaban en los siguientes extremos:

1.º Constitución de una Asamblea en la cual estarán representadas las naciones que formen parte de la Sociedad, con igualdad de derechos.

2.º La autoridad superior de la Sociedad residirá en un Consejo compuesto de dos clases de miembros: los permanentes (Estados Unidos, Gran Bretaña, la U. R. S. S., China y tal vez Francia) y los no permanentes, en número de siete, elegidos entre las demás naciones.

3.º Cualquier decisión que pueda implicar el uso de la fuerza, requerirá la previa conformidad de todos los miembros permanentes y el voto favorable de dos representantes de las pequeñas potencias.

4.º La oposición de un solo de los miembros permanentes será suficiente para impedir la acción de la Sociedad, aunque todos los demás representantes hubiesen votado afirmativamente.

Rusia puso una objeción fundamental al tercer extremo, declarando que sólo las grandes potencias han de tener el derecho de decidir el empleo de la fuerza; también se negó a aceptar que en caso de agresión de una gran potencia, pudiesen las restantes tomar una determinación conjunta.

La Gran Bretaña estuvo esencialmente de acuerdo con el plan norteamericano, si bien formuló la propuesta de que en el pacto definitivo conste de un modo terminante, que *no hay universal garantía por parte de cada Estado de la integridad territorial de cada uno de los demás*. Elegante forma de negar la asistencia indispensable para salvaguardar la libertad de las pequeñas naciones.

PRIMERAS DESILUSIONES

¿Qué esperanzas podrían depositarse en un organismo internacional fruto de las conversaciones de Dumbarton Oaks?

El Presidente de los Estados Unidos, señor Roosevelt, al comentar la labor desarrollada por la Conferencia, expresó su opinión con estas palabras: "Aunque el proyecto no garantiza la paz para siempre, puede mantenerla en los años que seguirán a la actual guerra mundial". ¿Cuántos años?, cabría preguntar; porque nadie duda que la Liga de Naciones mantuvo, ficticiamente, la paz durante veinte años, pero tampoco ignora nadie que el organismo ginebrino surgió ya decrepito, y precisamente partiendo de unos principios muy parecidos a los que han presidido los coloquios que comentamos.

Si el nuevo instrumento garantizador de la paz cumpliera su misión de un modo similar al realizado por la referida Liga, no cabría optimismo alguno. Y que, al parecer, otra cosa no ocurriría, nos lo dice claramente el absoluto desprecio en que han sido tenidos los únicos valores capaces de infundir el necesario respeto a las indeclinables normas del derecho de gentes.

La diferencia entre la antigua y la nueva Sociedad de Naciones, es casi nula. "La nueva estructura—ha escrito recientemente un periódico londinense—tendrá unos dientes más que la antigua, pero no muchos. Además, estos cambios parecen quedar contrarrestados por algún descenso en las ambiciones de la organización toda. Las garantías universales y las prohibiciones generales del Acuerdo se desvanecen, o así lo parece. La nueva organización mundial no se considerará como una revolución en el modo de conducir los asuntos entre naciones ni como fórmula para la paz perpetua". ¿De qué ha servido, entonces, la lección de la presente guerra? ¿Es qué hemos de caer siempre en los mismos tópicos?

"Para todos los bellos sueños de una organización mundial más fuerte y más eficaz—dice el mismo periódico—los resultados de Dumbarton Oaks es probable que sirvan de ducha fría. Lo que surge de aquí es la Liga; una Liga no mucho más fuerte que la antigua y desprovista del ímpetu de la fe en la posibilidad de conseguir soluciones perfectas". Lástima que de este pesimismo no saque el periódico aludido la necesaria conclusión: ¡busquemos, pues, el verdadero remedio!

Ante tanta incongruencia es lógico preguntar: ¿Es qué realmente se pretende algo efectivo? ¿No ocultarán tantas conferencias y reuniones algún otro plan de mayor envergadura que no nos es dable comprender en la actualidad? Tal vez las respuestas las hallaríamos profundizando las palabras que desliza en el mismo escrito que comentamos, el periódico de referencia: "*En un Mundo de grandes potencias soberanas, la política de estas potencias es la que cuenta, no los detalles de acuerdos internacionales sobre el papel.*"

Las esperanzas de una paz futura más acorde con las enseñanzas de la Iglesia van esfumándose lenta pero resueltamente a medida que adquieren marcado perfil las promesas de bienestar para la probada humanidad. Una vez más cae el Mundo en los mismos errores que tantos ríos de sangre y lágrimas vienen costando, empeñado ciegamente en olvidar la única fuente de donde mana la Verdad.

Los pueblos que se hallan supeditados a la política de los grandes Estados, expresan ya su desilusión. Recordemos solamente la declaración pública que se hizo en el Congreso mejicano, sobre "el desencanto que ha producido

en los países ibero-americanos, los resultados de la Conferencia de Dumbarton Oaks". En realidad, ¿cabía esperar otra cosa de dicha Conferencia?

LA ESPADA NO CREA LA PAZ.

S. S. Pío XI se ha referido reptidas veces al final de la guerra, y no solamente en sus últimas alocuciones sino en los días iniciales de la conflagración. En aquellos momentos, cuando se presumía una guerra larga y aniquiladora, el Pontífice dirigió ya su mirada a la hora lejana en que la paz volvería a florecer sobre las naciones anegadas por el espíritu de odio y destrucción, y ante la realidad de unas causas generadoras de la más espantosa de las catástrofes, exclamaba: "Cuando termine esta guerra feroz, ¿los tratados de paz, el nuevo orden internacional, estarán animados de la justicia y de la equidad hacia todos, de aquel espíritu que libra y pacífica; o serán, por el contrario, una lamentable repetición de errores antiguos y recientes?"

Porque—afirmaba Su Santidad—"fundar la esperanza de un cambio decisivo exclusivamente en el encuentro guerrero y en su desenlace final, es vano, y la experiencia nos lo demuestra".

Pero la paz tiene también sus peligros: "La hora de la victoria es la hora del triunfo externo para quien tiene la fortuna de conseguirla; pero es al mismo tiempo la hora de la tentación, en la que el ángel de la justicia lucha con el demonio de la violencia; el corazón del vencedor se endurece con demasiada facilidad, y la moderación y la comprensiva prudencia le parecen debilidad; el hervor de las pasiones populares, atizado por los sacrificios y los sufrimientos soportados, muchas veces anula la vista aún a los responsables y les hace descuidar la amonestadora voz de la humanidad y de la equidad". (Enc. "Summi Pontificatus").

Es necesaria la existencia de un organismo internacional—Su Santidad ha hablado recientemente de ello—destinado a preservar al mundo de guerras tan terribles como la que estamos sufriendo. Pero ese organismo ha de fundamentarse sobre bases incommovibles que aseguren su normal desarrollo y la consecución de los fines perseguidos. Dichas bases las ha expuesto el Pontífice en la alocución pronunciada con motivo del último aniversario de la guerra; las podemos resumir en las siguientes:

Una organización internacional ha de tener por finalidad, "el mantenimiento de la tranquilidad y de la seguridad en el mundo, en beneficio de todos".

Ha de usar de los medios aptos que estén conformes "con los principios de la justicia y de la equidad".

Deben caber en la misma, todas las naciones "grandes y pequeñas, poderosas y débiles, vencedoras y vencidas".

Es imprescindible que todos sus miembros puedan tomar parte "lo mismo en los derechos y en los deberes que en los beneficios de una verdadera civilización".

Las naciones vencedoras no habrán de olvidar igualmente, que "la salvación de los pueblos no nace de los medios externos, de la espada que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz", recordando igualmente que "el orden nuevo del mundo, de la vida nacional e internacional, una vez que cesen las amarguras y las crueles luchas actuales,... debe más bien alzarse sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca incommovible del derecho natural y de la revelación divina".

¿La Conferencia de Dumbarton Oaks ha tenido en cuenta tan esenciales premisas?

José-Oriol Cuffi Canadell.

Hilaturas Castells, S. A.

TARRASA

ECCLESIA

Organo Oficial de la Acción Católica Española

Documentos pontificios y episcopales
Información católica nacional y extranjera
Reportajes gráficos
Crítica moral de espectáculos y libros

Administración: Alfonso XI, 4 - MADRID

QUEVAS DE ARTÁ

¡OBRA DEL SUPREMO HACEDOR!
¡MARAVILLA SUBTERRÁNEA!
¡VISIÓN DANTESCA!

Cuevas de Artá-Mallorca



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

Fabricación de altas fantasías en lanería para caballero

M. COROMINAS, S. A.

Casa fundada en 1820

SABADELL